BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

ATAUD PARA UN ROBOT

adam surray

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

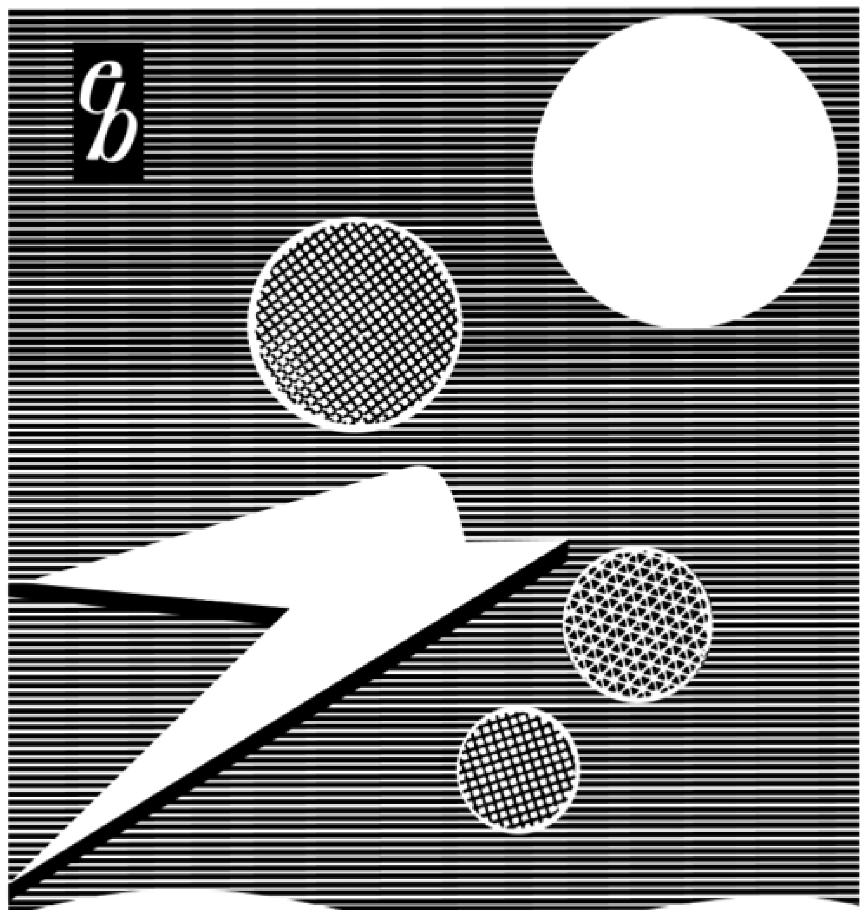
la conquista del ESPACIO

ATAUD PARA UN ROBOT

adam surray

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ADAM SURRAY

ATAUD PARA UN ROBOT

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 251

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 16.111 – 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: junio, 1975

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajesy entidades privadasqueaparecenenesta novela,asícomolas situacionesdela misma,sonfruto exclusivamente de la imaginacióndelautor, por lo que cualquier semejanzaconpersonajes,entidadeso hechos pasados oactuales, serásimplecoincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

246— Lospolizonesdela muerte. — *Marcus Sidereo.*

247— Psicontrol. — *ClarkCarrados,*

248— El acuario. — *Ralph Barby.*

249— El traslado. — *Marcus Sidereo.*

250— ¡Explosión! — *Glenn Parrish.*

CAPITULO PRIMERO

Era un hombre extraño.

Digno de admiración... o de lástima.

Muchos le catalogarían de loco, pero William Hayers era el único cuerdo en un mundo poblado por dementes.

Frisaba en los cuarenta y cinco años de edad. Abundante y descuidado pelo que casi le llegaba a los hombros. La barba, también copiosa, semiocultaba sus facciones, resaltando tan sólo sus saltones ojos. Desmesuradamente alto, fuerte, corpulento...

Vestía una camisa de tosca tela. Sucia y maloliente. Los descoloridos pantalones embutidos en botas de altas cañas.

—¿De qué te ríes, Sidney?

—¡Maldita sea, William!... No lo puedo evitar. ¡Pareces un oso!

William Hayers quiso imitar a su interlocutor, pero la sonrisa se tornó en despectiva mueca.

Su compañero era muy distinto.

Elegante traje, fina ropa, perfumado, rostro de perfecto rasurado, tez blanquecina, aspecto enfermizo...

—¿Sabes dónde estamos, Sidney?

—¡Seguro!¡En el mismísimo infierno! A duras penas he conseguido llegar hasta aquí. Estuve tentado de retroceder.

William Hayers se aplicó el gollete de la botella a los labios. Bebió largamente para, acto seguido, pasar el dorso de la mano borrando las gotas que habían quedado en su poblada barba.

—Estamos en el Valle de la Muerte, Sidney. Fue bautizado así por los primeros exploradores que lo atravesaron. Gran número de ellos murieron de sed o insolación. Rondamos los trescientos metros bajo el nivel del mar. Durante el día, el calor es infernal. Y con la llegada de la noche sientes el castañetear de los dientes.

—Un paraíso.

—Me gusta.

—Estás loco, William. ¡Rematadamente loco! Vives como el hombre de las cavernas. ¿Sabes en qué día estamos?

Hayers rio en desaforada carcajada.

—¿Día? ¡Ni tan siquiera el año!

Sidney Friedkin desorbitó los ojos, incrédulo y asombrado.

—¿Es cierto eso, William? ¿No sabes…? ¡Maldita sea! ¿Por qué diablos me asombro? Aquí el tiempo se ha detenido. ¡No existe! Pues bien, William. Hoy es cinco de mayo. Del año 1987. ¡Estamos dejando el siglo veinte!

—¿De veras? Eso quiere decir… Fue en 1980, ¿no? Ese año abandonamos la prisión de Langsburg. Yo había cumplido una condena de veinte años. Veinte años entre rejas. Todo un mundo condensado entre cuatro frías paredes.

—¿Olvidas que compartí esa celda?

—Por mi celda desfilaron muchos hombres, Sidney. Veinte años es mucho tiempo. Tu condena era de cincoaños. Salimos juntos. Recuerdo que me ofreciste trabajo. No pude soportar aquel trepidante ritmo de vida, la polución, el deambular de miles de seres humanos por las calles… Llegué a soñar con volver a la soledad de mi celda. Veinte años es mucho tiempo… —Y decidiste retirarte a este infierno. —Aquí soy feliz, Sidney. No echo nada en falta, pues nunca he tenido nada. Ingresé en prisión a los veintidós años. Cadena perpetua. Me soltaron cuando cumplía los cuarenta y dos. No he conocido ni disfrutado de las comodidades y lujos de la nueva civilización. Nada necesito.

—Estás loco, William.

—Eso ya lo has dicho antes, Sidney. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí? No es una visita de cumplido, ¿verdad? El rostro de Sidney Friedkin se ensombreció. Perdió todo signo de jovialidad. —Necesito tu ayuda, William. Estoy en dificultades. —Como siempre. Llevo aquí siete años. Tu primera visita me sorprendió. Luego hubo una segunda, y una tercera.Portresveceste hasdesplazado desdeSan Francisco hasta aquí. Hoy no puedo ayudarte, Sidney. La semana pasada fui a Yatesvillepara

adquirir las provisiones. Se quedaron con todo el polvo de oro que había conseguido reunir. Ahora volveré a empezar. Cada día es más difícil encontrarlo y...

—Nicon cien de esas bolsaslograrías ayudarme, William. Lo de ahora es diferente. Quiero permanecer en tu cabaña durante algún tiempo. Hasta que se olviden de mí. Han puesto precio a mi cabeza. —¿Quiénes?

—La organización de Jack Courtenay. —Friedkin quedó a la espera de algún comentario. Reaccionó furioso—: ¡Maldita sea! ¿Por qué preguntas? Este infernal desierto es todo tu mundo. Jack Courtenay es quien controla el juego en todas las ciudades de Estados Unidos. De costa a costa. Nadie apuesta un centavo sin su autorización. Es uno de los directivos del SMCO. ¡Y esas siglas designan al Sindicato Mundial del Crimen Organizado! Asesinatos políticos, sabotajes, drogas, espionaje... Todo está bajo el control del SMCO. En Estados Unidos, en Europa, en África...

—Me parece muy bien. Hay que hacer las cosas a lo grande y terminar con los aficionados. En mis tiempos se cometían asesinatos que eran verdaderas chapuzas.

—No es momento de bromas, William. Me están buscando. Y no hay ciudad o villorrioen el mundo seguro para mí. Debo doscientos mil dólares a la organización. Ayer terminó el último plazo concedido por Courtenay. El dinero o mi cabeza. Son poderosos, William. El SMCO tiene miembros en las altas esferas, en Washington, entre la policía de California... No tardarán en darmecaza.

—¿Aquí también?

El rostro de Friedkin se iluminó.

Con unbrilloesperanzador.

—¿Puedo...puedo quedarme?

—El tiempo que quieras, aunque dudo que resistas más de una semana. Tú no conoces este infierno, muchacho. He visto lagartos morir de insolación. Por las noches, el frío es tan intenso que...

Súbitamente, sonó elclaxonde uncoche.

Sidney Friedkin se incorporó de un salto.

—¡Mi *jeep!*... ¡Alguien está en mi...! .

—Tranquilo, Sidney —sonrió William Hayers, levantándose también de la silla—. Debe ser Angie. Es muy curiosa.

—¿Angie?

—Mi mujer, Sidney.

—¿No había muerto? Mi anterior visita coincidió con su muerte. La estabas enterrando cuando llegué.

William Hayers rio, divertido, a la vez que rodeaba los hombros de su amigo, encaminándose hacia la puertade la cabaña.

—Aquélla se llamaba Dorothy. Esta es la segunda. Me casé con ella en Yatesville. Hace ya un año.

Salieron al porche.

El auto era un extraordinario jeep «JB-001». Muy ligero. De ciento cuarenta pulgadas de largo por setenta de ancho. La caja de transferencias contaba con una serie auxiliar de velocidades bajas para permitir su desplazamiento por terrenos extremadamente accidentados. El interior estaba formado por dos asientos de cubo, moldeados de una sola pieza de espuma de plástico. La palanca de cambios de cuatro velocidades se unía al tablero de instrumentos, provistos de acojinamiento. El parabrisas se hallaba protegido por barra antivuelcos.

Sí.

Un magnífico vehículo.

Pero hubiera pasado desapercibido en cualquier parte.

La mujer acapararía todas las miradas.

Sin duda alguna.

De unos treinta años de edad. En la plenitud de su belleza. Pelo muy corto, dejando al descubierto la nuca. Rostro marcadamente sensual, con pómulos salientes y labios carnosos.

Estabainclinadasobrelacarrocería.

Acariciando la delgada lámina de acero.

Suvestimentaeramuyapropiadapara unespectáculo frívolo. Unos descoloridos y gastados *hot-pants* con los dos primeros botones sin acoplar y una blusa anudada bajo el busto.

Aquéllas eran sus dos únicas prendas.

—¡Angie!...

La mujer se aproximó alporche.

Lentamente.

Con lamirada fija en Friedkin.

—Quiero presentarte a mi amigo Sidney —dijo William Hayers—. Pasará con nosotros unos días. Improvisa un camastro en el comedor. ¿Ya has colocado los cepos donde te ordené?

—Sí, William.

—Perfecto. Puedes empezar a preparar la comida. Hoy tenemos algo especial. En la casa encontrarás varios paquetes. Alimentos llegados de San Francisco. Una gentileza de nuestro amigo Sidney. Procura esmerarte.

Angie pasó entre los dos hombres para introducirse en la cabaña. Dócilmente. Sin levantar la mirada.

Sidney Friedkin sacudió la cabeza.

Creyendo ser víctima de un sueño.

—¿Cómo... cómo lo has conseguido, William?

—¿Aqué le refieres?

—Esa mujer..., Angie..., ¿cómo puede vivir aquí, contigo? En San Francisco sería la reina del más lujoso *night-club*.

Hayers sonrió acomodándose en el jeep.

—Es mi mujer, Sidney. Una fiel esposa debe permanecer junto a su marido. En Yatesville, cuando iban a detenerla por un feo asunto de corrupción, pagué su fianza. Se hubiera casado con el mismísimo Satanás para librarse de la cárcel. La pobre ignoraba que su hogar sí iba a ser el infierno.

—¿No ha intentado salir de aquí?

—¡Oh, sí! —rio ahora Hayers, en sonora carcajada—. Al principio. Varias veces. No consigue recorrer más de las dos millas.

—¿Ya no tienes el camión?

William Hayers desvió la mirada hacia el granero construido apoca distancia de la cabaña.

—Ahí está. Lo utilizo para mis desplazamientos trimestrales a Yatesville. A mi regreso, vacío el depósito y escondo la gasolina lejos de aquí. Angie ya se ha resignado, pero sigo tomando precauciones para evitar quedarme solo. Sube, Sidney… Quiero probar esta maravilla.

Friedkin alzó la mirada al cielo.

De inmediato, bajó los ojos.

Cegado por el ardiente sol.

—¿Con este calor?… ¡No quiero abrasarme antes de tiempo! Te indicaré la puesta en marcha.

Sidney Friedkin, por espacio de breves minutos, explicó a su amigo las características del jeep.

—Un poco más complicado que mi viejo camión… De acuerdo, Sidney. Me llegaré hasta el lugar donde instalé los cepos grandes. Está a unas cinco millas de aquí, pero con tu auto regresaré antes de la hora del almuerzo.

—¿Quiénescaenenesoscepos?

—¿No lo imaginas, Sidney? El manjar más exquisito del Valle de la Muerte son sus lustrosas ratas del desierto. Pronto tendrás el placer de degustarlas. ¡Adiós, muchacho!

La risotada de Hayers se confundió con el rugir del motor.

El vehículo se alejó a gran velocidad.

Sidney Friedkin, tras permanecer unos segundos inmóvil, chasqueó la lengua repetidamente. Giró sobre sus talones, lijando la mirada en la casa. Movió la cabeza de un lado a otro. Con pesimismo.

La casa era de una sola planta. Reducida. Con prolongado y artificial porche. Sólidamente construida en piedra. Capaz de soportar los fuertes Vientos del desierto y toda clase de alteraciones atmosféricas. También el granero, de mayor amplitud, era de firme construcción.

Friedkin penetró en la casa.

Comedor, cocina y una habitación.

Angie se hallaba junto al ventanal. Lentamente, giró para enfrentarse conFriedkin.

—-William está loco.

Sidney Friedkin no replicó.

Se había quedado sin habla.

Los erguidos senos de Angie se marcaban provocativamente bajo la tela de la blusa. El cuerpo de la mujer brillaba, bañado en sudor. La blusa, abierta y anudada bajo el busto, dejaba muy poco para la imaginación. El tórrido sol había proporcionado a su piel un intenso bronceado.

—¿No estás de acuerdo conmigo, Sidney?

Friedkin esbozó una sonrisa.

—Es posible.. , aunque también tú debes estar algo loca. Vivir aquí, en este desierto, sin más compañía que la de William...

—¡Me engañó!... ¡Ese bastardo me engañó! En Yatesville me dijo que era propietario de una hermosa granja muy cerca de la ciudad. ¡Con toda clase de comodidades! Me proporcionó un narcótico antes de introducirme en su vetusto camión. Cuando desperté ya estaba en este infierno. En varias ocasiones intenté escapar, pero es inútil. De día soy víctima del implacable sol y, en la noche, el frío paraliza mi cuerpo... A cada intento de fuga, cuando William marcha a mi encuentro, recibo una soberana paliza.

—No me presentas un panorama alentador, Angie... Voy a pasar aquí una temporada, pero vengo preparado. Televisor tridimensional portátil, un radiocasete, libros...

—¿Dónde están?... ¿Dónde tienes todo eso?... ¡Oh, Dios!... ¡Llevo

cerca de un año lejos de toda civilización!...¿Tienes cigarrillos?

SidneyFriedkinextrajosu cajetilla detabaco.

La mujer casi se lanzó sobre él, arrebatándosela ávidamente. Se llevó un cigarrillo a los gordezuelos labios.

Friedkin, al ofrecerle la llama del encendedor, experimentó un leve sentimiento de compasión.

—¿Qué hacías enYatesville?

—Era bailarina —dijo Angie, exhalando una bocanada de humo con visible placer—. Me vi complicada en un asunto de trata de blancas. William pagó mi fianza. De saber esto, me hubiera dejado encerrar de por vida.

Sidney Friedkin fijó su mirada en la mujer.

Sin poder evitar que un lascivo brillo asomara asus ojos.

Angie continuaba con la piel húmeda. Brillante. Gotas de sudor se deslizaban desde el cuello, para luego trazar surcos en sus erectos senos, empañando aún más la ceñida blusa. Haciéndola más deseable. Más tentadora...

Friedkin desvió la mirada.

Trató de simular su turbación.

—No esperaba encontrar a William acompañado. Me hubiera agradado traer algo para ti. Tengo en mi valija unas camisas de lydian. Una fibra recién salida al mercado. Igual a la que llevo ahora. Un tejido especial que parece aislarte del calory...

Friedkin se interrumpió.

Sorprendido.

Angie había colocado las manos sobre su cremosa camisa. Las deslizó hacia la espalda, apartando la ligera chaqueta, para luego situarlas de nuevo sobre el pechomasculino.

Sidney Friedkin, contra todo pronóstico, empezó a sudar.

Al menos eso creyó.

Angie estaba muy cerca de él.

Demasiado.

Fue entonces cuando se escuchó el rugir del motor. Por el ventanal vieron aparecer eljeep «JB-001».

A gran velocidad.

—Ya tenemos ahí a William —comentó Friedkin, con ronca voz—. Dijo que iba a inspeccionar unos cepos instalados a unas cinco millas, pero sin duda cambió de opinión.No hatenidotiempo de ir.

Un estridente chirriar indicó que William Hayers había frenado con torpeza.

Penetró precipitadamente enla casa.

Excitado.

—¡Sidney!...¡Sidney!...

—Aquí estoy, William... ¿Ocurre algo?

Hayers parecía asustado. Su respirar era desacompasado y un brillo, de terror se reflejaba en sus ojos saltones.

Se dejó caer en una de las sillas. Jadeando.

—Oye, Sidney..., ¿se tenían noticias de alguna invasión?

Friedkinparpadeó repetidamente.

Sin comprender.

—¿Cómo?...

—No estoy al corriente de lo que ocurre fuera de aquí, Sidney. Ni prensa, ni radio, ni televisión... De ahí que esté sorprendido por el descubrimiento que acabo de realizar.

—¿Quédescubrimiento,William?

—Tal vez San Francisco, Los Ángeles, Sacramento..., ¡toda California poblada por ellos! Yo ya he capturado uno. Cayó en uno de los cepos que Angie instaló esta mismamañana.

—¡Maldita sea! —exclamó Friedkin, irritado—. ¿De qué estáshablando?

El brillo de terror volvió a renacer en los ojos de William Hayers.

Balbució antes de hablar.

—Un marciano… Sí, Sidney…, aprisionado en uno de los cepos… He cazado a un marciano.

CAPITULO II

Las lágrimas casi asomaban a los ojos de Sidney Friedkin.

No cesaba de reír, pese a las furiosas miradas de su compañero Hayers. Este se había apoderado de una botella plana de whisky, acoplada al salpicadero del jeep. La estaba vaciando.

—Pronto dejarás de reír, Sidney... Enfila hacia aquellas rocas.

Friedkin maniobró con el volante.

Con habilidad.

El jeep «JB-001», aun a la gran velocidad a que iba sometido, parecía deslizarse por el accidentado terreno.

—¿Aquellas rocas? *¡Okay,* William! ¿Es allí donde está el marciano? ¡Y yo que te creía acostumbrado al sol del desierto!

—Lo estoy. Llevo aquí unos siete años, Sidney. He vivido noches de pesadilla e infernales días de auténtica locura. Jamás fui víctima de alucinaciones. No tengo miedo a nada. Me he enfrentado, con mis solas manos, a una traílla de ratas hambrientas. Podría contarte infinidad de aventuras, pero dudo que tu delicado estómago las resistiera.

—Estamos en el año 1987, William. Marte ya no guarda ningún secreto para nosotros. Allí no hay vida.

16-

Hayers profirió unasoez maldición.

—Al decir un marciano quería definir a un ser de otro mundo.

—Comprendo. Tal vez venga de Venus o del lejano Plutón. Fue un error no pedirle la cédula de identificación.

—¡Veteal infierno!

Sidney Friedkin volvió a reír con estridente y burlona carcajada.

Ya estaban próximos a las rocas señaladas por Hayers. Rodeadas

por un terreno arenoso, rojizo, quemado por el inclemente sol...

—Sólo faltaba que la pobre Angie compartiera la casa contigo y con un alienígena.

—Cierra la boca, Sidney. Empiezo a cansarme de tus burlas.

Friedkin enmudeció.

Pero no fue por obedecer a su compañero.

Algo había hecho borrar la sonrisa de sus labios.

Fue al divisar el profundo cráter. Circular. De corto diámetro. Un pestilente humo verdoso emanaba de aquella oquedad.

Sidney Friedkin detuvo el vehículo.

—¿Qué...qué infiernos es eso?

—No lo sé, Sidney..., no lo había visto antes... Me aproximé a las rocas por su cara norte...

—Vamos a echar un vistazo.

Friedkin abrió uno de los compartimentos del salpicadero. Se apoderó de un descomunal revólver de abombada culata.

—¿Piensas hacerle frente con ese juguete?

—¿Juguete? —repitió Friedkin, con fría sonrisa—. Es un «Killer-Strong». Actualmente está prohibida su fabricación. ¿Recuerdas las viejas balas «dum-dum»? Elproyectil de un «Killer-Strong» haría estallar tu cuerpo en mil pedazos, William. Quedarías convertido en un amasijo de carne quemada. El cargador almacena veinte balas. No hay ser humano capaz de sobrevivir a los disparos.

Descendieron del auto.

—Sidney.

-¿Sí?

—Puede... puede que no sea humano...

—¡Maldita sea, William! ¡Basta de estupideces! Vamos a inspeccionar la zona detenidamente.

Llegaron hastael cráter.

El hedor era nauseabundo, aunque el humo verdoso tendía a desaparecer.

—No hay nada...

—¿Qué puede haber producido ese agujero, Sidney?

Friedkin se encogió de hombros.

—Cualquiera de los múltiples artefactos que la NASA lanza al espacio. Deben estar rigurosamente controlados, pero no siempre ocurre así. Hace un par de años cayó uno en el mismísimo centro de Baltimore. Destrozó totalmente el Patterson Park. Cientos de muertos, William. Se levantó un monumento en recuerdo a los caídos en aras de la ciencia. Larguémonos de aquí... Este olor es insoportable.

—¡Mira, Sidney!...¡Allí!...

A unas veinte yardas del cráter se dibujaba un trazo verdoso sobre la arena. En dirección a las rocas.

Friedkin se inclinó.

Estudiando más detenidamente el terreno.

—No hay duda, William. Alguien... o *algo* ha salido del cráter para buscar el refugio de las rocas. El viento ha borrado parte de las huellas, pero resulta fácil seguirlas. No son pisadas. Es como... como el serpentear

de un reptil de desproporcionado grosor. ¿Qué aspecto tenía tu... marciano?

William Hayers se pasó el dorso de la mano por la frente.

Nerviosamente.

—No... no lo sé, Sidney... Reconozco que me dominó el miedo. No tenía forma humana. Era como un cilindro viscoso..., de un nauseabundo color verde..., rodeado de cortos tentáculos... Uno de ellos fue el que quedó aprisionado en el cepo de caza.

—No resultará peligroso quien no puede escapar de un tosco cepo. Guíame, William.

Los dos hombres avanzaron hacia las cercanas rocas.

Se adentraron por una especie de desfiladero. Muy estrecho. Al final de éste surgía una planicie amparada por lasrocas.

Hayers quedó rígido.

Pálido como un cadáver.

Con la mirada fija en unas negruzcas partículas de hierro.

—Sidney..., éste es el cepo... Lo ha pulverizado...

Friedkin se arrodilló. También la palidez recubrió sus facciones, aunque fingió una entereza que estaba muy lejos de sentir.

—No digas tonterías, William. Es imposible.

—¡Estoy seguro, Sidney!¡Fue aquí donde...!

Un súbito sonido hizo enmudecer a Hayers. Intercambió una aterrada mirada con su compañero.

El sonido volvió a producirse.

En cortas intermitencias.

Un zumbido muy agudo, pero de escasa duración.

Sidney Friedkin atenazó con más fuerza la culata del «Killer-Strong». Avanzólentamente.Hacialas rocas de dondeparecía proceder aquel extraño sonido.

Sí.

Allí estaba.

Descansando sobre una glutinosa alfombra de intenso color verdoso que despedía un hedor semejante al del caucho quemado.

—¡Dispara, Sidney!...¡Dispara!

Friedkinnoobedeció.

Siguió contemplando con hipnotizados ojos a aquel extraño objeto.

Medía unos seis pies de longitud. Metálico. Muy brillante. Cuerpo

cilíndrico. Llevaba acoplada en cada base una especie de caja rectangular perforada por infinidad de diminutos puntos multicolores y destellantes. De cegadora luminosidad. En el centro del cilindro destacaba un verdoso círculo. Palpitante. Como si tuviera vida propia. Semejante a la vacía cuenca de un deforme cíclope. De allí brotaba el zumbante sonido intermitente.

—Parece un robot...

—¡Maldita sea,Sidney!... ¡Dispara!

Friedkin denegó, con enigmática sonrisa.

—¿Por qué? No resulta peligroso... Sin duda está averiado. ¿Cuánto crees que me darán por él, William? Voy a venderlo al mejor postor. Estoy seguro que en su interior encierra secretos que cualquier científico pagaría muy gustoso por conocerlos. Solucionaré mis problemas con el SMCO.

—No es un robot, Sidney... Yo le vi aprisionado en el cepo. Era una masa verdosa que...

—Ahí la tienes, William. A tus pies. Toda esa alfombra mucilaginosa. Sin duda recubría su cuerpo y fue una de las ramificaciones la que quedó atenazada por el cepo. Una vez que se hubo despojado de esa... piel, pulverizó el cepo. Debe tener extraordinarios poderes.

—¿Cómo llegaría hasta aquí?

Friedkinsonrió.

Consuficiencia.

—Es fácil deducirlo, William. Cayó del cielo. El cráter que vimos fue ocasionado por el impacto. Luego se arrastró hacia las rocas y empezó a despojarse de esa viscosa y pestilente masa.

—Unrobotnopuede viajar por el espacio.

—Tal vez sea una máquina voladora..., un extraño cohete... ¡Qué importa! Lo único cierto es que voy a obtener una fortuna por él.

—Es una locura, Sidney...

—¿De veras? ¿Qué me dices de permanecer aquí escondido como una rata apestosa? No, William... Llevaré este misterioso artefacto a

Jack Courtenay. El, por medio del todopoderoso SMCO, lo subastará entre las potencias extranjeras interesadas en la compra. Al mejor postor. Ahora vamos a por el jeep. Me ayudarás a cargarlo.

Hayersretrocedió de un salto.

—¡No cuentes conmigo! ¡No pienso tocarlo!

—¿Tienes miedo, William?

—¡Sí, maldita sea! ¡Y tú eres un estúpido ignorando el peligro que corres! ¿Quién te asegura que no está cargado de radioactividad?

—Ya estaríamos calcinados, William. Permanecemos junto a él y nada nos ocurre. Es ridículo tener miedo a una máquina, y aunque se tratara de un peligroso robot, su inmovilidad demuestra que está averiado.

—Ese disco verdoso… está palpitando…, es como un deforme ojo humano… No, Sidney…, no cuentes conmigo…

Friedkininspiró profundamente.

Esforzándose por convencer a su compañero.

—Escucha, William… Yo solo no podré trasladarlo al jeep. Debes ayudarme. No tengo otra solución. ¿Crees que voy a quedarme en este maldito desierto el resto de mis días? Debo doscientos mil dólares a Courtenay. Y eso significa una sentencia de muerte. Milagrosamente, se me presenta el medio de saldar mi cuenta. ¿Tienes tú otra solución mejor? ¿Puedes decirme dónde obtener los doscientos mil dólares? ¿Tal vez acertando el V Gran Derby Interestatal? *¡Okay,* William! Dame el nombre de los diez caballos ganadores.

—No soy culpable de tus problemas, Sidney. Y no quiero… ¡Cuidado!

La exclamación deHayers no era necesaria.

Sidney Friedkin también se percató de las alteraciones que se producían en el misterioso objeto.

Su parte superior, aquella rectangular caja de diminutas células luminosas, acrecentaba poderosamente sus focos de luz, llegando a ser cegadores. Fue por espacio de segundos.

El disco verdoso se abrió por su centro.

Vomitando una cartulina plastificada.

Friedkin permanecía con el dedo índice crispado en tornoaldisparador del «Killer-Strong».

Dominando su terror, se inclinó extendiendo la mano izquierda para apoderarse de aquella cartulina..

En ella se habían grabado diez nombres.

Sidney Friedkin palideció.

Aquellos nombres le resultaban muy familiares. Conocidos por los aficionados a las carreras de caballos.

En la cartulina figuraban los nombres de los diez caballos ganadores del V Gran Derby Interestatal.

Una competición deportiva que todavía estaba por celebrar.

* * *

William Hayers rio nerviosamente.

—Sí, de acuerdo…, te ha proporcionado los nombres de diez caballos que compiten en el V Gran Derby Interestatal; pero eso no significa que sean los ganadores. El Derby aún no se ha celebrado.

—Correcto, William. Tendrá lugar dentro de dos días. ¡Y éstos son los diez ganadores! ¡Estoy seguro! ¿Te das cuenta? Sólo en una ocasión hubo un pleno en el Derby Interestatal. Fue en 1985. Se pagó a…

—¡Vete al diablo!

Hayers hizo ademán de retirarse de aquel lugar, pero su compañero le retuvo por el brazo.

—Vamos a hacer otra prueba, William.

—¿Otra prueba? ¿Qué quieres decir?

—Desconfías de que estos caballos van a ser los ganadores, ¿no?

Pues yo estoy convencido de los poderes de esta máquina. Vamos a formularle otra pregunta..., algo que acabe por persuadirte... ¡Ya está! Que nos ofrezca datos sobre tu persona. Todo lo relacionado a William Hayers. ¿Qué te parece?

—Aquí te quedas, Sidney. Yo me largo. Y me voy en el jeep. Te esperaré cinco minutos. Si no te decides. .

Hayers se interrumpió.

El artefacto había vuelto a acelerar la electroluminiscencia de su parte superior. De nuevo el repulsivo disco central se abrió, dejando caer una segunda cartulina.

Friedkin, ya sin ningún temor, se precipitó para recogerla.

Sonrió.

—¡Maravilloso! Escucha esto, William... «William Hayers, nacido el 4de abril de1940, en Laconia,NewHampshire. En el año 1961, culpable del sabotaje que costó la vida a quince personas, fue sentenciado a cadena perpetua. Abandonó la prisión de Langsburg en 1980. Su fechade...»

La sonrisa se helóen los labios de Friedkin. En su mano izquierda comenzó un visible temblor.

William Hayers le arrebató la cartulina para proseguir la lectura.

Quedabanmuypocaspalabras.

—«...su fecha de defunción es el 5 de mayo de 1987.»

—Esafecha corresponde al día de hoy, William.

—¿Qué estúpida broma es ésta? ¡No voy a permanecer aquí un segundo más! ¡Puedes quedarte con tu maldita máquina espacial!

—¡William!...¡Espera!

Hayers, a grandes zancadas, se introducía ya en el desfiladero. Haciendo caso omiso a las llamadas de su amigo.

Friedkin alzó el brazo derecho.

El anillado cañón del «Killer-Strong» apuntó a la espalda de William Hayers.

La detonación resonó, con gran estruendo.

Hayers se desplomó completamente destrozado. La cabeza le había estallado y sus miembros fueron proyectados a considerable distancia. Las rocas cercanas quedaron salpicadas por sangre y restos de deforme carne quemada.

—Te felicito, Sidney —dijo, súbitamente, una metálica voz a espaldas de Friedkin—. Has hecho bien. Williamseloestababuscando.

Friedkin giró con el rostro desencajado por una indescriptible mueca de terror.

Aquel extraño artefacto había hablado.

CAPITULO III

Sidney Friedkin, aullando de terror, había presionado el disparador del «Killer-Strong».

Una y otra vez.

Sin que el arma funcionara.

El disco verdoso palpitó, convulsivo. Aquella glutinosa masa pareció entreabrirse, acentuando su nauseabundo aspecto. De allí surgía la voz. Extrañamente metálica.

—Al impedir el funcionamiento de ese revólver te he salvado la vida, Sidney. Nada me hubieran hecho los proyectiles, pero tú sí resultarías alcanzado por la onda explosiva.

El terror se había acentuado en Friedkin.

—¿Quién eres?... ¿Cómo puedes hablar en mi lengua?

—Soy un robot, Sidney. Designado con el nombre de Klondy. Así debes llamarme. Me he apoderado de todos los conocimientos de tu mente, que, por cierto, no son muy elevados. De ahí que pueda expresarme en tu idioma. ¿O prefieres en tu básico francés de *school?*

—¿Dedónde procedes?...¿Cómo has...?

—No más preguntas, Sidney. Mi sistema de comunicación sonora está averiado. Me es imposible continuar nuestra conversación. Otras partes de mi estructura interna han sufrido alteraciones que debo autorrepasarde inmediato. Tú debes ocultarme y, por supuesto, olvidar esa idea de venderme al mejor postor. Yo puedo convertirte en el hombre más poderoso de este planeta. Ahora voy a cortar toda comunicación exterior. Me llevará tiempo reparar mi complicado mecanismo. Quiero que me ocultes en tu bungalow de San Francisco. Debo adquirir más conocimientos de los terrestres. Espero encontrar cerebrosmásinteligentesque eltuyo.

—Yo solo no podré trasladarte hasta el jeep y...

—Lo harás. Ninguna otra palabra, Sidney. Sería inútil. Ya me

pondré yo en contacto contigo. Sigue mis instrucciones y no te arrepentirás.

—Pero yo no…

Friedkin se interrumpió.

El disco verdoso pareció cerrarse. Quedó rígido. Como protegido por una capa invisible. Dejando de palpitar. También los infinitos e intensos puntos luminosos se eclipsaron.

Sidney Friedkin quedó largo tiempo inmóvil. Contemplando, fijamente, aquella extraña criatura.

Un robot procedente de otro mundo.

Friedkin creyó estar viviendo una alucinante pesadilla, pero todo era real. El artefacto alienígena estaba allí. A un par de yardas.

Y también su promesa.

Las palabras que desterraron el miedo para ser reemplazado por la ambición.

«El hombre más poderoso del planeta.»

Sidney Friedkin sonrió, guardando el «Killer-Strong».

Tenía un rollo de cuerda irrompible en el jeep. Con ella arrastraría al robot. Antes de acudir a buscarla, quiso calcular el peso.

Se inclinó sobre el artefacto.

Friedkin no pudo evitar un agudo grito. Histérico.

Deformado por el miedo y la sorpresa. Sus manos se habían posado sobre una masa dúctil. Blanda. Esponjosa… Aquel brillo aparentemente metálico no era tal. Y lo más sorprendente fue alzarlo del suelo con facilidad. Como una pluma.

Sinpesoalguno.

La gravedad no parecía ejercer ningún dominio sobre él.

Sidney Friedkin, recuperado ya de su asombro, levantó al robot por encima de la cabeza. Transportándole con los brazos en alto. Ahora pudo. determinar mejor su longitud. De cuatro a cinco pies. Le

resultaría sencillocamuflarlo hasta SanFrancisco.

Al llegar al desfiladero tropezó con el desmembrado cuerpo de William Hayers. Ningún remordimiento pasó por Friedkin. Sólo un leve escalofrío, al recordar la cartulina proporcionada por el robot prediciendo la muerte de Hayers.

Friedkin no había pensado en matarle.

Fue algo instintivo. Impulsado por el temor a que Hayersmarcharaconeljeep.

Pero Klondy ya lo sabía. Conocía el futuro de William Hayers. Sabía que iba a morir allí. El 5 de mayo de 1987.

¿O tal vez lo había «leído» en la mente de Sidney Friedkin?

El corazón de Friedkin latía desacompasado. La sangre le golpeaba en las sienes hasta casi causarle daño. No quiso seguir pensando. Todos aquellos enigmas y reales alucinaciones terminarían por volverle loco.

Decidió centrar su mente en una sola cosa.

En que pronto se convertiría en el hombre más poderoso de la Tierra.

Llegó junto al jeep.

Procedió a maniatar al robot en la parte trasera del vehículo para acto seguido iniciar la marcha.

A gran velocidad.

No quería perder tiempo. Debía aprovechar al máximo aquellas horas de luz diurna. Al divisar la cabaña ya tenía madurado un perfecto plan de acción.

Angie esperaba bajo el porche. Con un cigarrillo humeando en sus gordezuelos labios. Al detenerse el jeep se aproximó con curiosidad no exenta de miedo.

—¿Qué… qué… es… *eso?* ¿Dónde está William?

Friedkin descendió del auto.

Fijó su mirada en la mujer. Estudiando su posible reacción.

—William ha muerto, Angie. Esto es..., lo podemos catalogar corno un OVNI. Parecía estar cargado de electricidad. William, al tocarlo, quedó calcinado. Ahora ya no resultapeligroso.

Los ojos de Angie brillaron. La muerte de William Hayers era, sin duda, una gran noticia.

—¿Por qué has cargado con él?

—En San Francisco tengo a unos amigos interesados por estas cosas. Unos científicos, ¿sabes? Por este artefacto me pagarán una fortuna, pues debo ocultarlo mientras cierro el trato con ellos. Si lo descubren las autoridades, se incautarán de él para proceder a su estudio.

La mujer arrugó la nariz.

—¿Crees que te darán algo por este montón de chatarra?

Friedkin sintió deseos de contarle la verdad. Decirle que aquella... chatarra era un robot de extraordinarios y temibles poderes. Se contuvo. Lo prudente era guardar el secreto.

Penetró en la casa seguido de Angie.

—No lo dudes, nena. Voy a ser un hombre rico.

—¿De veras? Es curioso... Siempre sentí debilidad por los hombres así. Desde pequeñita. ¿Me llevas contigo? No a San Francisco. No quiero abusar. Sólo deseo salir de este infierno. La muerte de William ha sido mi salvación.

Angie estaba jugueteando con los anudados extremos de su blusa. Consciente o inconscientemente, quedaron libres.

Friedkin la devoró con la mirada.

—Vendrás conmigo. A San Francisco. Viajando juntos no levantaré sospechas. Ahora voy a empacar cuidadosamente a ese... OVNI. Aquí veo una caja que me será útil. Dame un par de mantas.

Mientras la mujer pasaba a la habitación en busca del pedido, Friedkin vació la caja. Era perfecta para sus propósitos. El robot viajaría en un confortable ataúd.

Angie regresó con las mantas.

—Voy a meterlo en la caja. Ponte un vestido, Angie. Nada de equipaje. No tenemos sitio.

—¿Marchamos ahora? ¿Por qué no pasar la noche aquí? Salimos de madrugada y con...

—No. Prefiero llegar a Yatesville a altas horas de la noche. Pasaremos más desapercibidos.

Angieasintió,con unasonrisa.

—Tienes razón. Cuanto antes. No quiero permanecer en este maldito lugar por más tiempo. En unos minutos estaré contigo.

La mujer corrió hacia la habitación.

Cumplió su palabra.

A los ocho minutos salía al porche luciendo un provocativo vestido. Sobre los hombros, una capa-abrigo, y en la mano derecha, un pequeño bolso.

Sidney Friedkin terminaba de atar la caja.

—Es lamentable no poder llevar tus cosas, Sidney. La ropa, eltelevisor, elreproductor...

—¡Al diablo con todo! Vamos a nadar en la abundancia, Angie.

Se acomodaron en los dos asientos.

Cuando el jeep emprendió la marcha, Angie giró la cabeza para escupir con marcado desprecio hacia la cabaña. También dedicó un cariñoso recuerdo a la memoria del difunto Hayers.

—Ahí te quedas, William..., en tu amado desierto... Espero que las ratas den buena cuenta de ti...

Friedkin también giró la cabeza, pero su mirada fue hacia la caja.

Sonrió, accionando al máximo la velocidad del vehículo. Deseando llegar cuanto antes a San Francisco y depositar su preciosacarga enlugar seguro.

Pero no habríalugar seguro en SanFrancisco.

Sidney Friedkin ignoraba que en aquella caja transportaba un

monstruoso ser cósmico. Un genio de la destrucción. Un demoníaco artefacto capaz de aniquilar a toda la humanidad.

Y pronto lo demostraría.

La ciudad de San Francisco tenía los días contados.

CAPITULO IV

San Francisco, al igual que otras ciudades importantes de Estados Unidos, se había transformado en una megalópolis. Junto a las localidades cercanas, inevitablemente anexionadas, se construían ciudades artificiales necesarias para albergar a la increscente población.

Algunas de esas ciudades, verdaderos paraísos de ensueño, estaban destinadas sólo a los poderosos.

Bradysville era una de ellas.

A pocas millas del centro de San Francisco. Ocupando una reducida extensión de terreno. Una ciudad sin contaminación. Protegida en su totalidad por una gigantesca cúpula geodésica. Casas construidas con enóxitos y polisulfuros. De plástico. Dotadas de los más audacesadelantostécnicos.

Barton Chypher era uno de los felices mortales que disponía de un bungalow en Bradysville. La ciudad que contaba tan sólo cuatro años de existencia.

—¿Quéprefierescomer, Barton?

Chypher se incorporó del sofá.

Era un individuo alto. Atlético. De unos veintiocho años de edad. Rostro de enérgicas facciones con intenso bronceado. Vestía un cerrado jersey de fibra depoliuretano, de un negro brillante, y pantalón oscuro sujeto por un ancho cinturónplateado.

Acudió a la cocina.

Allí estaba la muchacha.

Con una minicapa sobre los desnudos hombros. Era toda su vestimenta. Ni tan siquiera iba calzada.

—¿No estabasnadandoenla piscina, Karin?

La joven arrugó la nariz en delicioso mohín.

—Me cansé. Y ahora tengo hambre. ¿Qué prefieres?

Barton Chypher contempló, con nulo entusiasmo, la maqueta compuesta por horno electrónico y congelador de alimentos. Estos, preparados con antelación, se almacenaban en compartimentos individuales del congelador. Sólo había que pulsar el botón correspondiente y, en diez minutos, la comida aparecía por la parte baja del aparato. Caliente y dispuesta para ser servida.

—Olvídame. No tengo hambre. ¿Quieres un buen consejo, Karin? Limítate a tomar un par de píldoras adelgazantes.

—¿Insinúas que... que estoy...?

—Gorda. Esa es la palabra.

Chypher giró retornando al salón. Sonrió levemente al oír las protestas de la muchacha que corría tras él.

—¡Eres un grosero, Barton!... ¡Y un mentiroso! ¡Debí quedarme en mi casa y no aceptar tu invitación!

Chypher se había dejado caer en el sofá semicircular. Karin llegó ante él.

Desafiante.

Con los brazos en jarras.

—Te doy tres segundos para rectificar.

Barton Chypher no pudo evitar un brillo de admiración en los ojos. El escultural cuerpo de Karin eraperfecto. Maravillosamente proporcionado a sus veinte años. Senos sinuosos, cintura cimbreante, caderas de suave curva, largos y esbeltos muslos...

Chypher atrapó la mano izquierda de la muchacha, tirando de ella y obligándola a caer en sus brazos.

La besó en los labios.

Ella correspondió entrelazando las manos tras la nuca de Chypher. Un largo y apasionado beso que, bruscamente,fue interrumpido.

Barton Chypher se incorporó.

Casi con violencia.

Susfacciones se tornaron frías e inexpresivas.

—¿Qué ocurre, Barton? —inquirió Karin, algo perpleja.

—¿Dónde tienes tus ropas? —En el jardín..., junto a la piscina... —¿Están todas tus cosas allí? —Sí, pero no comprendo...

—Debes irte, Karin. Ahora mismo. Te ruego me disculpes.

Barton Chypher dio la espalda a la estupefacta joven.

Sin añadir ninguna otra palabra.

Fue hacia el dormitorio, cerrando tras de sí. Quedó apoyado en la puerta. Levantó la esfera de su reloj de pulsera para accionar uno de los diminutos mandos que, paulatinamente, cesó de vibrar.

Sobre uno de los muebles de la estancia había un aparato visor.

Barton Chypher manipuló en él hasta lograr enfocar la imagen. El sistema de circuito cerrado le permitió ver a Karin. Estaba terminando de vestirse. Sus labios balbuceaban ininteligibles palabras, aunque fáciles de adivinar para Chypher.

La joven abandonó el salón.

La imagen llegó ahora desde el *living*.

Comprobó cómo Karin abandonaba elbungalow.

Barton Chypher pasó a la estancia contigua, haciendo que el interruptor de la luz se encendiera automáticamente. Colocó la palma de la mano derecha sobre la pared frontal. En un lugar determinado. Una invisible puerta de guillotina se elevó lentamente, permitiendo laentradaa una reducida habitación.

Allí se alzaba un extraño aparato provisto de pantallas telescópicas de diferentes tamaños, osciladores, amplificadores de imagen, sintonizadores de alcance ilimitado...

Era el único mobiliario, en aquella pequeña habitación de paredes abovedadas.

Chypher hizo funcionar varios mandos. Una de las pantallas se iluminó. Imagen y sonido llegaron al unísono.

—¿Está solo en la casa, Chypher?

—Al recibir su llamada estaba acompañado, señor. De ahí mi

demora en acudir a la sala de comunicaciones.Puede hablar.Estoy solo.

—Nuestro departamento ha sido designado para una delicada misión, Chypher. Le he elegido a usted. Le considero el mejor hombre del Grupo Especial Anticaos. Acuda de inmediato al 2.146 de Valery Road, apartamento 20-DA. Allí le espera el doctor James Bunnage. Él le pondrá al corriente. Mi primera impresión del caso es pesimista, Chypher. Califico la misión del tipo «Z». ¿Compréndelo que quierodecir?

Barton Chypher sintió unnudo en la garganta.

—Sí,señor.

—Bien. Entonces actúe en consecuencia. Sin contemplaciones. El Grupo Especial Anticaos no" estará solo.

Otros departamentos especiales colaboran en esta misión, pero usted será el hombre del GEA. Desde este momento estará en contacto permanente con la central. Buenasuerte,Chypher.

La pantalla se eclipsó.

Barton Chypher retornó al dormitorio.

En cuatro años como agente del GEA, aquélla iba a ser su segunda misión. El Grupo Especial Anticaos era un departamento federal del que muy pocos tenían conocimiento. Un grupo formado en Estados Unidos en el año 1979. Totalmente *top secret.* Sus hombres, rigurosamente seleccionados y entrenados, disponían de las más poderosas armas y medios.

Chypher, en cuya cédula de identificación figuraba como funcionario del Departamento de Defensa, era tambiénagentedelGEA.

Unaprofesión peligrosa.

Misión del tipo «Z».

Su segundo trabajo para el Grupo Especial Anticaos.

Del tipo «Z»...

Barton Chypher volvió a sentir un nudo en la garganta. Recordó el primer trabajo desempeñado. Capturar a una organización terrorista que, portadora de una bomba atómica, planeaba volar la ciudad de

Nueva York. Aquella misión, con toda su alucinante importancia, había sido catalogada del tipo «X».

La «Z»...

Aquello significaba que era toda la nación la que corría peligro.

Para salir de Bradysville, localidad totalmente prohibida para les vehículos contaminantes, era obligado utilizar el tren aéreo que enlazaba con los distintos carriles que conducían a San Francisco.

Barton Chypher descendió en la terminal de Brooks.

Allí, en un *parking* privado, estaba su auto. Un «Chrysler-87-KM». Un modelo turboflite, techo de vidrio térmico coloreado y abatible. Asientos moldeados y alumbradoelectroluminiscente.

El auto pasó el riguroso «cinturón de control» que cercaba el centro de San Francisco.

Barton Chypher era también uno de los ciudadanos privilegiados que podía circular por Nob Hill, Russian Hill o Telegraph Hill. El tráfico de vehículos privados era extremadamente limitado en la ciudad. Las fichas de circulaciónreservadas a muy pocos ciudadanos.

El «Chrysler», avanzando por el carril destinado a vehículos privados, pronto llegó a Valery Road.

Barton Chypher descendió del auto tras estacionarlo a la alturadelnúmero 2.146.

Penetró en el edificio.

Uno de los elevadores interiores le depositó en la planta veinte. Recorrió el pasillo enmoquetado hasta detenerse frente a la puerta señalizada con las siglas 20-DA.

Pulsó el llamador.

La hoja se abrió a los pocos segundos.

Barton Chypher parpadeó temiendo haber sufrido una equivocación.

Aquella belleza que estaba bajo el umbral no podía ser el doctor James Bunnage.

La muchacha, no alcanzaría los veinte años de edad, le dedicó una cordial sonrisa.

—Tú eres Barton Chypher, ¿no? —En efecto.

—Pasa.Te estamos esperando.

La joven se hizo a un lado, permitiendo la entrada de Chypher.

Cerró la puerta.

—¿Mepermitestucredencial?

Barton Chypher le mostró su tarjeta de identidad comofuncionariodel Departamento deDefensa.

—Gracias, Barton -—la muchacha le ofreció la mano—. Yo soy Shirley, hija del doctor Bunnage.

Chypher estrechó aquella mano a la vez que observaba más detenidamente a la mujer.

Eramerecedora de ser contemplada.

Pelo castaño oscuro, muy corto, resaltando su ovalado rostro. Ojos verdes semitransparentes. Nariz correcta. Labios deliciosamente sensuales. Vestía un moderno conjunto estampado en diminutas figuras geométricas, que se ceñía a su cuerpo como una secunda piel.

Sí.

Todo en ella era perfecto.

—¿Me sueltas ya la mano, Barton?

—¿Cómo?...¡Ah, sí!... Disculpa...

—Sígueme.

Se adentraron por un largo corredor.

Y de nuevo los ojos de Chypher fueron al cuerpo femenino. Quedaron fijos en aquel innato ondular de caderas.

Shirley abrió una de las puertas.

La estancia correspondía a un amplio despacho con

ventanasenfocadasaValeryRoad.Elmobiliario erareducido y poco moderno, pero disponía de un eficaz sistema termoeléctrico acondicionador de aire.

El hombre que estaba tras la mesa escritorio se incorporó.

—Agradezco su rapidez, Chypher. Soy el doctor James Bunnage. Ella es mi hija Shirley. Colabora en mis investigaciones. ¿Le han hablado sus superiores del caso?

—No.

—Perfecto.Lo prefiero así. Siéntese, Chypher.

Barton Chypher se acomodó en uno de los sillones.

Shirley quedó graciosamente apoyada en una de las esquinas de la mesa, mientras que James Bunnage volvía a situarse tras la mesa del despacho.

El doctor parecía fatigado.

Mesó sus canosos cabellos, una y otra vez.

Con ademanes nerviosos.

—No sé cómo empezar…

Barton Chypher esbozó una sonrisa. Consciente del nerviosismo del doctor y tratando de ayudarle.

—Defina escuetamente el problema.

—No es tan sencillo, Chypher. Me ha costado mucho hacer que se creyeran mis palabras. Es un caso… supranatural.

Barton Chypher arqueó las cejas.

Su mirada, fija en el doctor, se hizo más inquisitiva.

—¿De qué se trata, Bunnage? Sin rodeos.

—De acuerdo, Chypher… Se lo diré en pocas palabras. Un robot intergaláctico se dispone a adueñarse de la Tierra.

CAPITULO V

James Bunnage guardó silencio.

Esperando algún comentario de Barton Chypher. También Shirley permaneció con la mirada fija en el agente del GEA. El doctor sonrió levemente.

—Le felicito, Chypher. No ha movido un solo músculo, ni alterado en lo más mínimo sus facciones. No hay duda que le han seleccionado con acierto. ¿Qué le parece el... problema?

Barton Chypher correspondió a la sonrisa.

No exenta de fina ironía.

—Fuera de lo normal. El enemigo es un... robot intergaláctico, ¿no? ¿Ya está entre nosotros?

—Sí, Chypher. Desde hace un par de días.

—No recuerdo que se haya detectado ningún OVNI. Al menos, no se ha difundido la noticia.

—Ese robot no ha llegado en ninguna nave espacial, Chypher. Me explicaré desde el principio. Supongo que ya conoce mis actividades. Soy, sin falsa modestia, el mejor exobiólogo del mundo. Llevo muchos años en esta ciencia y soy el único en haber establecido contacto con seres de otra galaxia. Dispongo de un radiotelescopio capaz de recibir ondas emitidas a miles de millones de años luz.

»Hace dos días, en mi laboratorio de Virginia, me fue emitido un largo mensaje; pero no por procedimientos técnicos. Fue algo extraño. Por espacio de unos minutos quedé totalmente ciego. En mi cerebro se hizo el vacío y entonces recibí aquellas misteriosas ondas telepáticas. Me eran enviadas desde un planeta situado fuera de nuestra galaxia.

Barton Chypher entornó los ojos.

Entreabrió los labios con intención de interrumpir la narración, pero decidió continuar en silencio.

Eldoctor Bunnage prosiguió:

—Esos seres intergalácticos son de una inteligencia muy superior a la nuestra. Habitan en un planeta al que denominan Krasmar. Un mundo cibernético donde las máquinas y robots son elementos básicos. Uno de los robots, el de más perfecta construcción y dotado de toda la inteligencia de Krasmar, quiso destruir a sus creadores. Se rebeló contra ellos. Lograron vencerle, pero no destruirle. Los habitantes de Krasmar no consiguieron aniquilarle. El robot era indestructible. Toda la ciencia de Krasmar, condensada en ese robot, les hacía frente.

»No existía arma capaz de acabar con él. Sólo lograron inmovilizar los extraordinarios poderes del robot recubriéndolo con una sustancia gelatinosa de color verde denominada koodsing-B. El robot fue bañado en esa mucilaginosa masa. Los habitantes de Krasmar, conscientes de la peligrosidad del robot, decidieron desembarazarse de él lanzándolo al espacio. Klondy, ese es el nombre del robot, ha vagado por el hiperespacio en su ataúd de koodsing-B.

JamesBunnagehizouna pausa.

Se incorporó con cansinos movimientos. Abandonó la mesa para situarse más próximo a Chypher.

Reanudó su narración:

—Un extraño fenómeno cósmico ha ido limando gran parte de esa viscosa masa. Klondy ha hecho el resto. Logró salir de su... ataúd y decidió enfilar hacia el planetamáscercano.

—La Tierra.

—Correcto, Chypher. Klondy está aquí. Desde hace un par de días. Así me lo han comunicado desde el planeta Krasmar. Se percataron de que algo extraño ocurría, cuando el sistema de seguimiento instalado entre la masa koodsing-B dejó de funcionar. Eso significaba que el propio Klondy lo había destruido, que nuevamente podía actuar, que estaba en condiciones dedesarrollarsus ilimitadospoderes...

—¿Recibió toda esa historia mediante ondas telepáticas?

—Así las denomino yo, Chypher; aunque tal vez se trate de otro medio desconocido para nosotros. Lo cierto es que pude «conversar» con ellos. También telepáticamente.

Barton Chypher sonrió.

Con algo de escepticismo.

—Perfecto. Supongo que les habrá solicitado el modo de obtener el koodsing-B. Proyectamos esa glutinosa masa contra Klondy y asunto solucionado.

El rostro de Bunnage se ensombreció.

—Los elementos que componen el koodsing-B no existen en nuestro planeta, Chypher. Así me lo han confirmado los habitantes de Krasmar. Su avanzada tecnología les ha permitido estudiarnos a fondo.

—¿Qué solución le han dado para combatir a Klondy?

—Ninguna. Se han limitado a alertarnos del peligro. Ellos tampoco pueden hacer nada. Tampoco lo desean. No quieren establecer contacto con otras civilizaciones. No volverán a comunicarse conmigo.

Chypherencendióuncigarrillo.

Fijó su mirada en la silenciosa Shirley para, acto seguido, desviarla hacia el doctor.

—Voy a ser sincero con usted, Bunnage. Me sorprende que el gobierno haya dado crédito a su fantástica historia. ¿Quién nos asegura que todo eso no es producto de su mente? ¿De sus deseos de comunicación con seres de otros mundos?

—Todo imaginado. Un sueño.

—¿Por qué no? ¿Qué pruebas nos ofrece, doctor? Su contacto con esos seres fue... telepático y, por supuesto, noquedóregistradoenningúnsitio.

—No me molesta su sinceridad, Chypher. La han compartido algunos organismos oficiales, pero sólo en principio. No por mi categoría de exobiólogo ni por ser miembro de la Oficina del Espacio. He presentado pruebas. Hace dos días, el Observatorio Heyman de Los Ángeles detectó la presencia de un extraño cuerpo en un lugar de California. Fue muy breve. Tan sólo unos minutos. La señal desapareció. Sin duda Klondy utilizó momentáneamente alguno de sus poderes y eso delató su presencia. Está aquí, Chypher. En California. De ahí que mi hija y yo nos hemos trasladado a San Francisco. Quiero seguir de cerca las investigaciones. Varios científicos colaboran conmigo en...

Un leve y súbito teclear interrumpió al doctor.

El microleletipo situado junto al panel telefónico empezó a funcionar, encendiendo, uno de sus pilotos de sobreaviso.

Shirley se adelantó para retirar el mensaje.

Su rostro se transfiguró.

—¡Han localizado el lugar exacto, papá!... ¡El robot cayó en el Valle de la Muerte!

* * *

El avión, un «Minivair» de seis motores turbohélice que le permitía aterrizar y despegar verticalmente, se hallaba a poca distancia de las rocas. Rodeado de varios jeepsdelaCaliforniaPólice.

Barton Chypher estaba conversando con uno de los uniformados policías.

Subió a uno de los vehículos. Cuando se disponía a alejarse de la zona, recibió la llamada de Shirley.

La joven procedía del desfiladero.

Fue hacia el jeep.

—¿Adónde vas, Barton?

—Aquí no hay nada de interés para mí. Me han hablado de una cabaña situada a unas millas. La habitada por ese pobre desgraciado.

—¿Ya le han identificado?

—Sí. William Hayers. Un loco que vivía en éste desierto. Voy a echar un vistazo a la casa. Puede que encuentre algo valioso.

—Iré contigo.

Shirley, sin esperar conformidad, se acomodó en el vehículo.

Barton Chypher inició la marcha, a la vez que dirigía una burlona

sonrisa a la muchacha.

—Te aburres, ¿eh? Demasiados científicos. Miembros de la Oficina Espacial, dela Atomic Energy Commission, la US Army...

—¿Olvidas que son mis colegas? Soy diplomada en radioastronomía. Lo que hemos descubierto ahí es devital importancia. Nuestros detectores han dado R-Cero. Ausencia total de radioactividad. Esa masa verdosa, cuyos elementos se van a tratar de analizar, es el koodsing-B.

—El ataúd de Klondy.

—En efecto. El robot consiguió despojarse de él, pero no destruirlo. Ahí se centran nuestras esperanzas.

—Puede que los habitantes de Krasmar no nos hayan valorado bien. Tal vez no necesitemos el koodsing-B para desembarazarnos del robot.

—Me gustaría compartir tu optimismo, Barton.

Pronto divisaron, la casa.

Sealzaba fantasmagórica.

El viento !a envolvía en un polvo rojizo.

—Cielos..., ¿cómo pudo vivir ahí ese hombre?

—Puede que no estuviera del todo loco —sonrió Chypher, deteniendo el jeep frente al porche—. Compartía la casa con una mujer, pero la policía desconoce más datos. El tal William Hayers era un individuo extraño.

Penetraron en la casa.

Barton Chypher se dedicó a un minucioso registro. Terminó por centrar su atención en dos voluminosas valijas. Una de ellas contenía alimentos enlatados y un televisor portátil laminar. La otra, aparecía repleta de ropa y objetos personales.

—Debemos darnos prisa, Barton.

—¿Por qué?

—Los científicos estaban terminando, y se disponían a tomar el

avión.

—Tranquilízate, Shirley —dijo Barton Chypher, rebuscando entre la ropa dela valija—. El avión aterrizará aquí para recogernos. He dado esa orden.

La muchacha parpadeó.

—¿La orden?... Entre el grupo está Peter Widmark, delegado del Departamento de Defensa. Tú eres un simplefuncionario, ¿no?

Chypher sonrió.

Extendió su brazo izquierdo mostrando el reloj electrónico de pulsera. Tres letras aparecían grabadas en relievesobrelaesferaamarilla.

«G. E. A.»

—¿Sabes qué significan, Shirley?

—No...

—Es una llave que abre infinidad de puertas. Con sólo mostrarla, puedo hacer detener al gobernador del estado.

Shirley rio divertida.

Sin dar crédito a tal afirmación.

Barton Chypher había descubierto, en la valija, una tarjeta de identidad local ya caducada.

A nombre de Sidney Friedkin.

Por los ojos de Chypher pasó un fugaz brillo.

Sonrió fríamente.

—Escurioso...

—¿Hasencontradoalgodeinterés,Barton?

El agente del GEA guardó la tarjeta.

—Una simple sospecha. De resultar cierta, nuestro robot Klondy se encuentra ahora en muy mala compañía.

CAPITULO VI

Las microlentillas para proteger la miopía proporcionaban un brillo extraño a los ojos de Jack Courtenay.

Un destello casi diabólico.

Courtenay era un individuo importante.

A sus treinta años de edad, el dirigente del SMCO para el estado de California. Su ambición, junto con una carencia total de escrúpulos, le habían situado en la cumbre.

—¿Un brandy, Sidney?

—No,gracias…

Jack Courtenay sonrió, mostrando su perfecta dentadura.

—Nos has sorprendido a todos, amigo Sidney. Por supuesto no nos extrañó tu desaparición cumplido el plazo, pero sí tu regreso. Ayer ya conocía tu presencia en San Francisco. Decidí esperar un poco antes de enviarte a mis muchachos.

—No ha sido necesario.

—¡Oh, no!... Ahí está lo sorprendente. Te has presentado a mí voluntariamente. Y no con los doscientos mil dólares de la deuda, sino con una ridícula historia. Un boleto de apuestas para el V Gran Derby Interestatal que se está celebrando en estos momentos. Con eso piensaspagar alsindicato.

—Te ruego un poco de paciencia, Jack. Me has prometidoesperar a conocerlos resultadosy…

—Desde luego, Sidney. Tranquilo. ¿Quieres que pasemos a la sala de proyecciones? Así resultará más divertido.

La puerta del lujoso despacho se abrió, dando paso a un individuo de cabeza rapada.

—¡Eh, Jack!... ¡Ya tenemos a cuatro de los ganadores! «Sun», por el estado de Wyoming; «Velvet», en Utah; «Wind», en Colorado, y el caballo «Diamond», en Nuevo México. Dentro de unos minutos se

comunicarán los restantes ganadores. Ahora estamos en transmisiónsimultánea con…

Jack Courtenay, al oír el nombre de aquellos cuatro caballos ganadores, abandonó la estancia a grandes zancadas.

SidneyFriedkinquedó solo.

Fumandonerviosamente.

Había cometido una temeridad presentándose en la casa de Courtenay, pero era su única salida. Apenas pisar San Francisco, los sabuesos del SMCO ya le tenían localizado.

Yno podíapermitir que acudieran a su bungalow. Allí estaba Klondy.

Inmóvil.

En un letargo que ya se aproximaba a las cuarenta y ocho horas.

Sidney Friedkin, al no poder contar con los extraordinarios poderes del robot, jugó la arriesgada baza de presentarse a Courtenay. Sin el dinero, pero con aquellafabulosa combinaciónpara el Gran Derby.

Jack Courtenay retornóal despacho.

Sus manos jugueteaban con el boleto de apuestas donde las diez letras clave correspondían a los diez caballos elegidos.

Habían resultado ganadores. —Bien, amigoSidney…Te felicito. Unfabuloso pleno. Te calculo una ganancia aproximada a los dos millones de dólares. Sitan convencido estabas de ganar, ¿por qué no jugar más cantidad?

—Apostéhastamiúltimo centavo.

—¿Por qué no has acudido a mí? Hubiéramos llevado a la bancarrota a los organizadores del Gran Derby.

—¿Antes de celebrarse- la carrera me hubieras creído, Jack?

Courtenay sonrió, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¡No, diablos!; aun ahora me resisto a creerlo. ¿Cómo fue, Sidney? ¿Cómo lo has logrado? No me hables de que estaba amañado.

La organización del Gran Derby Interestatal es una de las pocas que quedan fuera del control del SMCO. Allí juegan limpio. Sin trucos.

Friedkin tragó saliva, a la vez que forzaba una sonrisa.

Llegaba el momento más difícil. No dudó en soltar el embuste ya preparado de antemano.

—Fue algo sorprendente, Jack... Reconozco que intenté huir del SMCO. Estaba desesperado. Fui hacia Yatesville y me adentré en el desierto. Allí vive un viejo amigo. Un tipo algo loco. Al penetrar en su cabaña, comprobé que la mesa estaba servida con dos cubiertos. Me esperaba. Sabía que iba a ir... Es un brujo, Jack. Aseguró tener pacto con el diablo. Puede predecir el futuro y es capaz de extraordinarios poderes.

—¿De veras?

Friedkin sintió la garganta reseca.

Consciente del escepticismo de Courtenay. La historia resultaba absurda, pero tenía que serlo. Idear algo fabuloso e increíble. ¿Cómo, si no, explicar el acierto en el Gran Derby?

—Es un individuo extraño, Jeck... Si te interesa conocerle, puedo indicar dónde encontrarlo. Tiene una cabaña en el Valle de la Muerte, aunque en ocasiones se ausenta,vagando por el desierto durante meses.

—Oye, Sidney... ¿Me tomas por idiota? Quiero saber cómo has conseguido acertar el pleno. ¡Y no quiero embustes!

—Jack, te juro que...

Courtenay le soltó un trallazo.

Con la zurda.

No para causar menor daño, sino que era en la mano izquierda donde lucía la sortija de diminutos salientes afilados. Aquellos microscópicos punzones trazaron finos surcos de sangre en la mejilla de Friedkin.

Jack Courtenay hizo una mueca de desagrado.

Le molestaba ver la sangre.

Acudió a la mesa longitudinal del despacho para pulsar una de las palancas del interfono.

—¿Chad? Avisa a Judith. Vamos a inyectar.

Sidney Friedkin desorbitó los ojos.

Se incorporó de un salto.

—¿Qué vas a hacer, Jack?... No puedes matarme... El boleto... es tuyo, Jack. Dos millones de dólares. ¡No quiero un centavo!¡Puedes quedarte con todo!

—Por supuesto, Sidney. Ya era ésa mi intención, pero también quiero conocer tu procedimiento.

—Te lo diré..., te diré la verdad, Jack...

Lapuertadeldespacho se abrió.

Chad, el individuo de la cabeza rapada, apareció acompañado de una mujer. Esta portaba una jeringuillayapreparadaparainyectar.

Jack Courtenay sonrió.

—No dudo que dirás la verdad, Sidney. La encantadora Judith te va a suministrar una buena dosis de «Wahrheiten». Un magnífico suero alemán. Hablarás hasta por los codos.

Sidney Friedkin trató de resistirse, pero fue inmovilizado por Chad. Le convenció, al aplicarle un salvaje rodillazo al bajo vientre.

Judith le inyectó.

Con habilidad.

Era buena enfermera, experta en *hatha-yoga* y eficaz masajista. Contratada para el particular servicio de Courtenay.

Friedkin diounrespingo alrecibir ellíquido.

El «Wahrheiten», poderosa droga de la verdad, era de efectos contundentes e inmediatos.

Los ojos de Friedkin se agrandaron.

Quedaron fijos en Judith.

Rostro sensual, senos exuberantes, amplias y redondeadas caderas…

Aquel bello y seductor espectáculo se fue borrando paulatinamente ante los ojos de Friedkin. Ya no veía nada. Todo eran tinieblas.

Courtenayseaproximó.

—Bien, Sidney… Ahora vas a contarme la verdad. Quiero saberlo todo. Desde el principio. ¿Cómo has logrado averiguar los diez ganadores del V Gran Derby Interestatal?

Friedkin entreabrió los labios. Trabajosamente.

—Todo… lodo empezó en la cabaña de William Hayers…

Jack Courtenay parpadeórepetidamente.

—Oye, Judith…, ¿estás segura de haberle suministrado «Wahrheiten»?

—Por supuesto.

—¡Me resisto a creerlo!… ¡No puede ser cierta la existencia desemejanterobot!

—Sidney ha actuado bajo los efectos del suero. La eficacia del «Wahrheiten» no admite dudas. Todo cuanto nos ha dicho corresponde a la verdad.

Courtenay se dejó caer en el sillón.

Aturdido.

—No sé qué pensar…

Judith acudió junto a él.

Provocativa y sensual.

Rodeó a Courtenay con sus brazos, apretándose contra él y ofreciéndole sus carnosos labios.

—Puedes convertirte en el hombre más poderoso de la tierra, Jack…

—Sabes que todo suceso importante debe comunicarse aljefe supremo delSMCO. Es élquiendecide.

—¿Por qué?... Si controlas a ese robot, a nada debes temer... Tú serás el jefe supremo. Y no del SMCO, sino de todo el mundo... Todos acatarán tus órdenes...

Courtenay percibió el cálido aliento de la mujer. Sus labios, que parecían despedir fuego. Su turbador cuerpo..., pero nada de aquello le alteró en lo más mínimo.

Sólo sustentadoraspalabras.

Terminó por sonreír.

—Primero hay que echar un vistazo a ese robot y comprobar sus poderes. Luego... luego decidiré lo más conveniente.

—Me parece una magnífica idea.

Jack Courtenay se incorporó, abandonando el despacho.

Recorrió un amplio y largo pasillo hasta detenerse frente a una puerta de guillotina que se elevó automáticamente.

Sidney Friedkin estaba en el suelo.

Atado y amordazado.

Cuatro hombres le rodeaban.

—Vamos a comprobar la historia de Sidney, Chad. Prepara una de nuestras furgonetas blindadas. Nos acompañarán cuatro hombres. Que acudan bien armados. No quiero correr riesgos.

—¿Qué hacemos con Sidney?

Jack Courtenay dirigió una mirada indiferente al caído.

En los desorbitados ojos de Friedkin se leyó una angustiosa llamada de súplica.

Totalmente' inútil.

Courtenay no conocía la piedad.

—Seguir el método acostumbrado.

—¿La fábrica de Salinas?

Jack Courtenay asintió, con cruel sonrisa.

—Correcto. Que sea arrojado al triturador de basuras. Apuesto a que obtenemos de Sidney un abono de primera calidad.

CAPITULO VII

La vivienda de Sidney Friedkin estaba situada fuera del núcleo de San Francisco. En la zona denominada Barrio Hogg, distrito ya programado para su desaparición total. Ya se habían diseñado las maquetas de los nuevos edificios de material prefabricado.

La furgoneta blindada se detuvo frente a uno de los bungalows.

Jack Courtenay y Chad, en la cabina, descendieron. Este último, después de comprobar el nulo paso de peatones y vehículos, abrió la puerta trasera del auto.

Cuatro hombres más abandonaron la furgoneta.

Dos de ellos portaban modernos lanzagranadas. Los otrosdosostentabanametralladorasmodelomilitar.

El bungalow de Sidney Friedkin contaba con *parking* privado y la obligada zona verde a su alrededor. Todo ello, limitado por una frágil cerca de reducida altura.

Los seis hombres avanzaron hacia la casa.

Chad se detuvo frente a la puerta de entrada. Del bolsillo de su chaqueta extrajo una lámina rectangular adhesiva, que colocó sobre la cerradura. A los pocos segundos, un ruido metálico indicó que el cierre había sido roto.

La puerta del bungalow cedió mansamente.

—Steve y Burt..., entrad primero —ordenó Courtenay—. Nosotros os seguiremos.

Los portadores de los lanzagranadas penetraron en la casa. Courtenay, Chad y los otros dos individuos les siguieron.

Atravesaron el *living,* llegando al circular salón.

El silencio en la casa era total.

—No hay nadie, Jack...

—Sidney dijo que compartía el bungalow con esa tal Angie... Ella

no está aquí. Me parece una imprudencia dejar solo a tan valioso robot. Vamos a inspeccionar las habitaciones.

—Steve y yo registraremos el ala izquierda y...

—No, Chad —interrumpió Courtenay, con vehemencia—. Nada de separarnos. Ese robot puede resultar peligroso.

—Sidney aseguró que estaba inmóvil. Autorreparándose. Llevaba así ya un par de días.

—¿Quién nos dice que no está ya en condiciones de actuar? No, Chad... no quiero correr riesgos.

Las primaras habitaciones correspondían a sendos dormitorios.

Fue en la cuarta estancia.

Casi al final del corredor.

Había sido librada de todo mobiliario.

En el centro de la habitación destacaba la caja rectangular de madera. Y en su interior, como un siniestro vampiro cibernético, reposaba el robot.

Jack Courtenay, al igual que sus cinco acompañantes, sintió un escalofrío por el cuerpo.

—Sí... es tal como lo describió Sidney... no exageró en lo concerniente a ese viscoso círculo verde... parece un monstruoso ojo humano...

Chadretrocedió, pálido de terror.

—Se... se está moviendo, Jack...¡Se mueve!

En efecto.

El robot pasó de su posición horizontal a la vertical. Quedó de pie. Sobre la caja.

Del disco verdoso brotó una voz infrahumana.

—Me complace comprobar el elevado grado de estupidez de los terrícolas; pero no puedo confiar en ti, Jack. El SMCO entraría en acción. Llegarían a descubrir mi presencia. Y yo necesito largas

jornadas de total inactividad. Debo pasar desapercibido hasta que llegue mi momento de actuar.

La palidez de Courtenay era cadavérica.

Tartamudeó.

—¿Cómo… cómo sabes mi nombre?

—¿Olvidasla confesiónde Sidney?Puedoleer tu, mente… y conocer tu futuro. A ti y a tus acompañantes os quedan segundos de vida.

—No queremos hacerte ningún daño… mi deseo es…

La extraña voz del robot le interrumpió.

—Ya es una fracción de segundo…

—¡Disparad, maldita sea! —gritó Courtenay fuera de sí—. ¡Acabad con él!

La orden no era necesaria.

Sus hombres tampoco soportaban aquella tensión y ya estaban accionando los disparadores.

Ninguna detonación.

Los gatillos parecían encasquillados.

Ninguna de las poderosas armas funcionó.

Lo que sí empezó a funcionar fue el verdoso disco de Klondy. Se abrió en su totalidad. Y de allí brotó, con salvaje violencia, un grueso chorro de gelatinoso líquido.

Una pestilente masa que envolvió a los seis hombres.

Apenas se vieron bañados por aquel pegajoso líquido, sus cuerpos comenzaron a corromperse. La carne caía a jirones, los ojos saltaban de las órbitas, desmembrados… Por la boca, convertida ahora en descomunal boquete, vomitaban sus vísceras.

Los seis hombres quedaron transformados en un amasijo de humeante y deforme carne putrefacta.

CAPITULO VIII

Barton Chypher estacionó elauto.

Descendió del vehículo encaminando sus pasos hacia el bungalow. Ya había estado allí con anterioridad. En diciembre del pasado año. Interrogó a Sidney Friedkin por un asunto relacionado con el tráfico clandestino dearmas nucleares.

Chypher se percató de que el cierre había sido forzado.

Aquel detalle le impulsó a apoderarse del reglamentario «GM-7» oculto en la funda sobaquera.

Penetró en la casa.

Instintivamente retrocedió al percibir el pestilente hedor. Algo nauseabundo que hizo apretar con fuerza sus mandíbulas. No pudo definirlo. ¿Azufre? ¿Caucho? ¿Carnequemada...?

Una tenue columna de humo emanaba del corredor. Salía de una de las habitaciones cuya puerta permanecía abierta.

Barton Chypher avanzó hacia allí.

Con el dedo índice curvado sobre el disparador del «GM-7».

La habitación carecía de mobiliario. Sólo una vacía caja de madera en el centro de la estancia.

Una caja... y algo más.

Chypher se tambaleó bajo el umbral. De nuevo apretó las mandíbulas conteniendo sus deseos de vomitar. Fijó su mirada en aquel alucinante montículo de restos humanos. En la deforme masa pegajosa y burbujeante...

Sí.

Eran restos humanos.

Carne purulenta que aparecía bañada en un gelatinoso líquido.

Barton Chypher retrocedió, para dirigirse a las restantes

dependencias del bungalow. Registró todas las habitaciones. Minuciosamente.

Chypher extrajo del bolsillo interior de la chaqueta un pequeño transmisor casi laminar. Tecleó uno de los mandos.

—Agente BC-1.241llamando a GEA Unidad-10.

La respuesta fue inmediata.

—Aquí GEA. Unidad-10. Transmita, 1.241. Le recibimos.

—En misión «Z» de prioridad absoluta. Envíen equipo especial de investigación al 2.874 de Freeys Street, Barrio Hogg.

—Recibido.

Barton Chypher volvió a guardar el microtransmisor.

Estaba cerca del *living*. De ahí que escuchara el taconeo de pisadas sobre el sendero del jardín.

Alguien se aproximaba a la casa.

Chypher quedó tras la puerta.

Con el «GM-7» en su diestra.

Una mujer penetró en el bungalow. Canturreando alegremente. Su torpeza al andar delataba que iba algo bebida.

—¡Eh, Sidney...! ¿Dónde estás, amor?... ¡Ya he...!

La mujer enmudeció ante la súbita aparición de Chypher. Al verle con el revólver hizo ademán de gritar; pero el agente del GEA se lo impidió de un trallazo en plena boca.

—No quiero gritos, muñeca —silabeó Chypher, con fría voz—. Soy agente del gobierno. ¿Quién eres tú?

La mujer parpadeó, aturdida.

La bofetada recibida había hecho asomar un hilillo de sangre a sus gordezuelos labios.

—Yo... yo... soy Angie Hayers...

—¿Dónde está Sidney Friedkin?

—No lo sé… Me dijo que iba a visitar a unos amigos. Creí que ya estaría de regreso.

Chypher depositó el arma en la funda sobaquera.

Tal vez Friedkin formaba parte de aquel macabro amasijo humano.

—¿Qué sabes de Klondy? ¿Has visto al robot?

—¿Cómo?

—¡El robot, maldita sea! ¿Dónde está? ¿Qué ha sido de él?

Angie se llevó las manos a las sienes. Arrugó la frente cerrando los ojos con fuerza.

—Me duele la cabeza… no… no… entiendo nada… No sé nada de Sidney ni de…

Chypher atrapó a la mujer por el brazo conduciéndola hasta el salón. La obligó a sentarse en el sofá.

El agente del GEA extrajo del bolsillo un estuche de cristal. En su interior, cuidadosamente colocadas, se veían varias píldoras de diferentes tamaños y colores.

Cogió una de ellas para ofrecérsela a Angie. —Toma esto. Aliviará tu dolor de cabeza y borrará los efectos del alcohol. Es de efecto rápido.

La mujer obedeció.

Cerró los ojos, reclinada en el sofá. Con los brazos caídos y las piernas estiradas. Lucía un modelo en *dix-paper*. Fabricado en serie por unos importantes almacenes dedicados casi exclusivamente a vestidos femeninos de papel.

Angie entreabrió los ojos.

Habían recuperado su normal brillo.

—Disculpe mi… mi anterior estado…

—No es momento para cortesías. ¿Has dicho llamarte Angie

Hayers?

—Sí.

—¿Eras la mujer de William Hayers? ¿Del hombre solitario del Valle de la Muerte?

—Sí...

—¿Qué sabes del robot?

—¿Se refiere a la máquina que Sidney recogió en el desierto?

—Es un robot, Angie. Un peligroso robot, que puede destruir San Francisco en cuestión de segundos. ¿Qué sabes de él?

La mujer agrandó los ojos.

Sorprendida y asustada.

—Cielos... ha estado con nosotros en la casa... Aquí... Sidney me aseguró que se trataba de una máquina... un objeto volador caído del espacio. Pensaba venderlo al mejor postor. Lo tenía en una caja... en una de las habitaciones...

—Ya no está, Angie. Se ha largado.Y te aconsejo que no entres en esa habitación. El espectáculo no es agradable.

—¿Quién se lo ha llevado?

Chypher sacudió la cabeza.

En nervioso movimiento.

—¿No lo entiendes, Angie? ¡Es un robot! ¡Puede actuar con total autonomía!

—Dudo que se trate de un robot. Desde que Sidney lo depositó en la caja, allá en el Valle de la Muerte, no se movió en absoluto. Me pareció una extraña máquina. Como una computadora.

—¿Androide?

—¡Oh, no!... No tenía figura humana.

Barton Chypher tendió su pluma esferográfica a la mujer.

—Dibújalo.

Angie se inclinó sobre la mesa plastificada de un solo pie. Allí había un cuaderno de folios en blanco. Con tembloroso trazo comenzó a dibujar al robot.

Chypher, una vez terminado el diseño, lo contempló algo escéptico.

—¿Estás segura, Angie? ¿Es así? ¿Cómo puede andar o deslizarse por el suele? ¿No tiene brazos o articulaciones?

—No... yo no...

—¿Cuánto mide?

—Unos cinco pies. Es muy ligero. Sidney lo transportaba sin esfuerzo alguno.

Barton Chypher se dejó caer en el sofá.

Todo aquellole resultaba absurdo.

Ridículo.

Ofreció la cajetilla de tabaco a Angie. También él se llevó un cigarrillo a los labios.

Se escuchó el ruido de un motor sobre la casa.

La mujer se sobresaltó.

—¿Qué es eso?

Chypher sonrió.

Con nulo entusiasmo.

—Un avión-patrulla, interurbano. Aterrizará verticalmente en el jardín... y empezarán las complicaciones para ti, Angie. Vas a ser sometida a intensos interrogatorios y reconocimientos médicos. No vas a tener un solo segundo de reposo.

Chypher rememoró el alucinante espectáculo de la habitacióndelcorredor.

Conroncavoz, añadió:

—Nadie va a tener descanso, Angie. Me temo que se avecinan horas de terror, de angustia… y de muerte.

** *

La ciudad de San Francisco estaba siendo sometida al más severo registro de toda su historia. Miles de hombres y cientos de vehículos participaban en la operación. Patrullando por las calles e inspeccionando las casas. Una por una. Se empezó en Barrio Hogg para luego ir ensanchando el radio de acción hasta abarcar toda la ciudad.

Vehículos portadores de radar circulaban por las calles. Helicópteros y aviones ligeros sobrevolaban la ciudad llevando consigo ultrasensibles aparatos detectores.

San Francisco estaba bajo control militar.

En estado de alerta.

Cada patrulla iba capitaneada por un especialista portador de contadores Gamma-2.

Siete horas de búsqueda.

Deintensatensión.

Sin resultado positivo.

Ninguno delosaparatos detectores había captado la presencia de cuerpos extraños, radioactividad, o cualquier otra fuente de energía.

Ya era noche en San Francisco.

La ciudad, siempre alegre y bulliciosa, estaba ahora sometida a la férrea disciplina militar. A muy pocos habitantes se les permitía deambular por las calles.

Sistema de alerta total.

El segundo que se producía en San Francisco durante la década de 1980. El primero fue a raíz de un extraño virus. Una epidemia que diezmó la población antes de que se lograra descubrir la mortífera

enfermedad.

Y ahora…

Ahora era ocasionado por la visita de un alienígena.

Barton Chypher estuvo presente en el extenso interrogatorio a que fue sometida Angie. También, junto con otros agentes, se desplazó al domicilio de Jack Courtenay. Conocíalarelación de éste conFriedkin.

Llegó tarde.

Sidney Friedkin era ya cadáver. Empacado y lacrado, junto con otros productos destinados a una factoría agrícola controlada por el SMCO. Se habían realizado las oportunas detenciones e interrogatorios; pero eso de nada servía.

Friedkin, el hombre que más podía hablar del robot, estaba muerto.

Barton Chypher detuvo el auto frente al 2.146 de Valery Road. No penetró en el edificio, sino que utilizó el tubo-elevador exterior. La cabina, de fibra de vidrio opaco, se detuvo suavemente en la planta veinte. La compuerta se abrió automáticamente.

El túnel mecánico trasladó a Chypher al interior del edificio.

Recorrió el largo pasillo hasta situarse frente al apartamento destinado al doctor Bunnage y su hija.

Pulsó el botón de llamada.

La puerta se entreabrió, al mismo tiempo que escuchaba una voz femenina por el oculto altavoz.

—Adelante,Barton… Estoyenelsalón.

Chypher se adentró en el apartamento encaminándose al lugar indicado. Llegó en el momento en que Shirley desconectaba el visor.

—¡Hola, Shirley…! ¿Y tu padre?

—En el laboratorio atómico de Los Angeles. Los más prestigiosos científicos del país están tratando de analizar esa masa encontrada en el Valle de la Muerte.

—Elkoodsing-B.

—¡Aja!

Chypher se dejó caer en el sofá ocupado por la mu» chacha.

—Me ha sorprendido que se declarara el estado de emergencia total contanta celeridad.

—¿Por qué?ConocemoslapeligrosidaddeKlondy. —Únicamente sabemos lo narrado por el doctor Bunnage.

Shirleysonrió.

—Comprendo. Aún dudas, ¿verdad? Mi padre es incapaz de sufrir alteraciones psíquicas. Es el mejor exobiólogo de Estados Unidos y posee una mente extra-sensorial. Imposible traicionarle o crear visiones fantasmagóricas. ¿Por qué crees que los habitantes de Krasmar le eligieron a él?

—*¡Okey,*nena!Perdona mi escepticismo.

—Ya no es solamente la palabra de mi padre, Barton. Lo que ha decidido a actuar al Departamento Especial de Seguridad fue el descubrimiento del koodsing-B. Unamasa gelatinosa cuyos elementos, en su mayoría, nos son desconocidos.

—Al menos sí conocemos a Klondy. Cinco pies de estatura, cuerpo cilíndrico con cajas iridiscentes rectangulares, acopladas a sus bases, disco verdoso central... Un robot muy extraño. No es como los nuestros.

—¿Has oído hablar de Superstar?

—¿Te refieres al robot del laboratorio atómico de Los Angeles?

Shirley asintió con amplia sonrisa.

—El mismo. Una maravilla de la cibernética. El de más perfecta construcción y *alimentado* con todo el saber humano. Pues bien, Barton. Superstar está colaborando con los científicos para descubrir la composición del koodsing-B.

—Un robot contra otro robot. Tiene gracia... Espero que Superstar no nos traicione.

—Eso no puede ocurrir.

Chypher entornó los ojos.

Sus facciones se habían endurecido.

—¿De veras? Eso mismo opinaban en el planeta Krasmar. Fueron incapaces de destruir lo que ellos mismo habían creado. Cada día siento más deseos de volver a la era antropozoica.

—Creo que exageras.

—¿Exagerar? Todo está mecanizado, Shirley. Aparatos domésticos que semejan pequeños monstruos metálicos; alimentos concentrados, deshidratados y congelados… Ya no eres un ser humano, sino un número. El de tu TUC. ¡La poderosa Tarjeta Universal de Crédito! ¡Con sus diferentes colores y perforación! Con ella debemos pagar los alimentos, la ropa, la casa… ¿Qué se ambiciona actualmente? ¡Poseer una TUC-2.000! Ello significa que tienes un crédito superior a los diezmillones de dólares. ¿Sabes qué diferencia existe entre cualquiera de nosotros y Superstar? Sólo una, Shirley. La inteligencia. El robot nos supera. El no necesita de ningún tipo de TUC para subsistir. Superstar se autoalimenta.Nosotrossomosrobots de segundafila.

Shirley, que empezó escuchando con una sonrisa, contempló fijamente a Barton Chypher.

—No comparto tu parecer, Barton. No podemos permanecer inmóviles. La tecnología, por avanzada que llegue a ser, no logrará destruirnos. No somos máquinas. Tenemos sentimientos.

—Hace una semana… el uno de mayo. Primer día de mes. A la hora acostumbrada. Todos los canales de televisión del país realizan la obligada conexión con la Cámara deEjecuciones. ¿Cuántos fueron este mes?

Shirley desvió la mirada.

—No… no veo esa emisión…

—¿No? Está recomendada por el gobierno. Todos los meses, el día uno y a las catorce horas, se televisan las ejecuciones programadas. Doscientos cuarenta y siete. Ese fue el número. Doscientas cuarenta y siete ejecuciones. No es mucho, ya que eran condenados de todos los Estados de la Unión. Fueron introducidos en la esfera eléctrica. Un ingenioso aparato con capacidad para *quemar* a quinientas personas a la vez. ¿Sabes que es uno de los programas de mayor audiencia? Es agradable verlo. En especial los primeros planos. La televisión en relieve es de gran efecto. ¿Y el color? ¡Una maravilla! Los rostros desencajados de…

—Ya basta, Barton.. por favor…

Shirley se incorporó.

Barton Chypher la imitó.

La muchacha se había detenido en el centro de la estancia. Chypher se aproximó a ella colocando las manos sobre sus hombros y obligándola a girar para enfrentar sus miradas.

—Perdóname, Shirley. No sé qué diablos me ocurre. Ese maldito Klondy me ha alterado los nervios. Creo que también ha influido ver los cadáveres en el bungalow de Sidney Friedkin. Todo obra de un robot. Luego mencionaste a nuestro Superstar y… discúlpame. Tú no eres culpable de que los hombres hayan perdido todo sentimiento. La maldad obliga a tomar drásticas medidas. Aquí y en el resto del planeta. Olvidémoslo. ¿Me preparas un brandy?

Shirley sonrió dulcemente. Complacidapor el cambio de conversación. —Apuesto a que no has cenado. Chypher recordó los cadáveres del bungalow. De nuevo se le removió el estómago. —Prefierounbrandy.Oye,Shirley… ¿tienes comunicacióndirectacontu padre?

—Sí. Quedó en llamarme a la menor novedad. Su último comunicado era optimista. Esperan crear un compuesto semejante al koodsing-B.

—¿Qué opinan los científicos de la inmovilidad de Klondy? Friedkin le trasladó desde el Valle de la Muerte en una caja de madera, y Angie asegura no haberle visto moverse ni una sola vez.

—El robot está averiado. De ahí que debamos actuar cuanto antes. Sin darle tiempo a una autorreparación.

Chypher respiró profundamente.

Se acomodó de nuevo en el sofá.

—Se está buscando al robot por toda la ciudad. Ya pronto amanecerá. Tal vez ya sea demasiado tarde.

—Eres muy pesimista, Barton. ¿Acaso no te paganbien en el Departamento de Defensa? ¿No llegas a la TUC-2.000?

Los dos rieron alegremente.

La joven se sentó junto a Chypher ofreciéndole la copa de brandy.

—Tengo un elevado sueldo, Shirley. Además, soy uno de los pocos ciudadanos americanos que trabaja en dos entidades.

Shirleyrio en cantarina carcajada.

—No te creo…Está penado percibir dos salarios.

—Yo los necesito para costear mi bungalow de Bradysville.

La muchacha parpadeó con visible asombro.

—¿Tienes un bungalow en Bradysville? ¡Oh, Barton! ¡Me gustaría verlo! Dicen que Bradysville es el prototipo para las viviendas del futuro.

Shirley le había sujetado por el brazo aproximándose a él.

Instintivamente.

Al percatarse quiso retroceder, pero Chypher se lo impidió abarcándola por la cintura y reteniéndola contra sí. Percibió el suave palpitar de los senos femeninos.

Aquel turbador contacto aceleró el pulso de Chypher.

—Shirley…

—¿Sí?

—Estaba equivocado. El hombre aún no es un robot. Al menos no es mi caso. Un robot no siente deseos de besar a una mujer. Y yo sí quiero besar tus labios…

Barton Chypher unió la acción a la palabra.

Sin dejar de abarcar la cintura de Shirley la reclinó sobre el sofá besando su boca. Deslizó los labios mordisqueando la barbilla femenina, elsuave cuello…

Losentrecortadossuspiros deShirley fueron bruscamente ahogados por el estridente sonido de una sirena.

Un ensordecedor ulular que era audible en toda la ciudad.

Era la señal de alarma general.

Barton Chypher se incorporó, precipitándose hacia la salida.

El prolongado ulular de la sirena sólo podía significar una cosa.

Klondy, el robot intergaláctico, había sido localizado.

CAPITULO IX

Gran parte de The Embarcadero estaba siendo acordonado. También se estaba procediendo a evacuar la zona comprendida entre Fishermans's Wharf y Telegraph Hill.

Al inicio del día la neblina cubría la San Francisco Bay.

Paulatinamentesefuedisipando.

El cielo era surcado por tres cazas «Century» del tipo F-002, dotados de cañón revólver capaz de efectuar veinte mil disparos por minuto y equipados con proyectiles de cabeza atómica. Unos aviones superligeros y de fácil maniobra.

A lo largo de The Embarcadero se alineaban diferentes vehículos bélicos. La mayoría de aquellas plataformas móviles estaban dotadas de cañón atómico.

La operación había sido encomendada al general Frank Mac Gowran.

Barton Chypher se encontraba entre un grupo de soldados portadores de superbazookas SM-A. Modernas armas portátiles que, al salir los gases por la culata, carecían de retroceso.

James Bunnage, que parecía discutir acaloradamente con el general Mac Gowran, retrocedió hacia el lugar dondese hallaba Chypher.

—¿Másdificultades,doctor?

Bunnage se mesó los cabellos con ambas manos.

Nerviosamente.

—No quieren hacerme caso, Chypher... No comprenden el peligro. Nos enfrentamos a una fuerza desconocida e ignoramos su reacción al ser atacada. En el laboratorio atómico de Los Angeles se trabaja activamente para descubrir todos los elementos del kood-sing-B.

»Los habitantes de Krasmar estaban en lo cierto. Algunos de esos elementos son totalmente desconocidos para nosotros, pero, estudiando sus propiedades, podemos sustituirlos por otros

semejantes. No es prudente atacar ahora.

—¿Los demás científicos son de su opinión?

—No… Creen que la inmovilidad de Klondy es debida a una avería. De ahí que se muestren conformes con el general Mac Gowran. Acabar con el robot sin pérdidadetiempo.¡YKlondy esindestructible!

—Lo era para los habitantes de Krasmar.

—¡Maldita sea, Chypher! La tecnología de Krasmar es infinitamente superior a la nuestra. ¿Cómo responderá Klondy? ¡Toda la ciudad de San Francisco corre peligro de ser aniquilada! Atacar aquí es arriesgar la vida de millones de seres.

Barton Chypher nohizoningún comentario. Se limitó a consultar la esfera de su reloj electrónico.

Aquello acentuó el nerviosismo de Bunnage.

—¿Cuánto falta, Chypher?

—Cuatro minutos.

—¡Santo Dios!…¡Es suicida!

—El robot se refugió en la bahía, doctor. Bajo elagua. Ya ha sido detectado y evacuada la zona. Se ha controlado la potencia del cohete antisubmarino teledirigido.

—¿Y cómo controlar a Klondy? Si en verdad está averiado y el proyectil hace mella en él, dañando su mecanismo, la ciudad de San Francisco puede saltar por los aires. ¿Qué energía encierra en su interior ese robot? ¿Tal vez suficiente para arrasar toda California?

Chypher se encogió de hombros.

—Puede que no ocurra absolutamente nada. Los hombres del bungalow de Friedkin no dispararon contra el robot. Ninguna de sus potentes armas. Eso quiere decir que Klondy las neutralizó, impidiendo que funcionaran. Tal vez haga lo mismo con el cohete antisubmarino.

—No, Chypher. Ya hemos estudiado ese punto. Klondy no paralizó las armas, sino la mente de esos hombres. Hemos examinado, una a una, las armas. Estaban enperfectas condiciones.

—¿Puede adueñarse de nuestra voluntad1?

—¿La de todos los aquí reunidos? No, Chypher. Afortunadamente. Para dominar la mente debe existir cierta comunicación. Por leve que sea. Imposible realizarla con todos nosotros. Al menos eso creo...

—Pronto saldremos de dudas, doctor. Ya ha empezado la cuenta atrás.

En efecto.

El ulular de la sirena de alarma ya resonaba, obligando a todos los componentes de la operación a tomar posiciones y prepararse para un posible ataque.

El cohete antisubmarino fue lanzado.

Realizando las dos obligadas fases.

Aérea y anfibia.

Alcanzó su objetivo. Sin el menor error. Técnicamenteteledirigido desde control.No podíafallar.

La explosión, aunque de reducida potencia, elevó al cielo una enorme columna de agua.

Tras elestruendose produjo un intenso silencio..

Los hombres permanecían rígidos en sus puestos de combate.

—No le ha causado ningún daño —murmuró el doctor Bunnage —. Esa explosión sólo la ha ocasionado el proyectil en su impacto contra Klondy. Es invulnerable a cualquier...

James Bunnageenmudeció.

Algohabíaemergidodelas aguas.

Como un obús.

A pasmosa velocidad rasgó el cielo enfilando hacia el muelle.

Sin duda el general Mac Gowran dio las órdenes oportunas, puesto que una lluvia de antiproyectiles interceptores acudieron al encuentro del extraño objeto.

No se consiguió abatirle.

Era Klondy.

Ahora, al detenerse en el aire, pudo ser observado.

La caja rectangular superior era un núcleo de cegadora luz formada por aquellos infinitos orificios luminiscentes. En su cilíndrico cuerpo destacaba el disco verdoso que se abrió para proyectar un rayo de luz cónica opalescente.

Abarcó un amplio radio de acción.

Dos piezas antiaéreas, una batería ligera y cuatro carros autopropulsados fueron alcanzados por el cósmicofoco.

Consu correspondientedotación.

Los hombres, muchos de ellos con equipo antibélico, quedaron convertidos en cenizas. En fracción desegundo. Y las piezas blindadas, moderno material de guerra, fueron desintegradas.

Los cazas «Century» recibieron orden de atacar con sus cañones-revólver de ocho tubos; pero les fue prohibido utilizarlos proyectiles decabeza atómica.

Aquel infernal robot estaba sobre la mismísima ciudad de San Francisco.

Un proyectil mal dirigido podía causar cientos de víctimas.

Tres cazas se lanzaron en veloz trayectoria hacia el objetivo. Sin cesar de disparar.

Las balas rebotaban en Klondy.

Incólume.

Los «Century» se alejaron, tras la inútil maniobra de ataque.En direcciones opuestas.

El verdoso foco lenticular, fuente de ataque de Klondy, vomitó tres diminutas esferas. Silbaron en el aire con siniestro sonido.

Los tres cazas fueron alcanzados.

Klondy había demostrado su inteligencia… ¿y maldad?

No.

Un robot carece de sentimientos; sin embargo, Klondy se comportaba como un genio del mal. No utilizó su rayo desintegrador para destruir a los aviones en pleno vuelo.

Quería causar más daño.

Aquellas diminutas esferas se limitaron a perforar elfuselaje e incendiar los aparatos.

Uno de los cazas cayó en pleno océano. El segundo «Century», tras dejar una estela de fuego a lo largo del Golden Gate, se estrelló en Sausalito. La caída del tercer avión fue más espectacular y trágica.

En el centro de San Francisco.

Entre Russian Hill y Nob Hill.

La estruendosa explosión hizo vacilar los cimientos de la ciudad.

La proximidad de Klondy, ya sobre los muelles, obligó a los carros antiaéreos a suspender el fuego.

El robot se posó en tierra.

Suavemente.

Comenzó a deslizarse como si patinara por una pista de hielo.

Un grupo de soldados se alinearon, cerrándole el paso. Con las armas más dispares. Equipos lanzallamas, superbazookas,fusileslanzagranadas...

—¡Apuntad a su disco central! —vociferaba un oficia! Conel rostrodesencajado—.¡Fuegosintregua!

La ordenfue cumplida.

Varios de los proyectiles resultaron certeros. Alcanzandode llenoal viscosocírculo.

Pero Klondy prosiguió su avance.

Respondiendoal ataque.

Un manantial de gelatinoso líquido se proyectó sobre el grupo de

soldados. Comenzaron a aullar al recibir el bermejo fango. Sus cuerpos humeaban, mientras parecían presa de una voraz lepra.

El alucinante espectáculo hizo estremecer a todos los presentes.

Uno de los soldados, portador de un lanzallamas que resultaba totalmente ineficaz contra el artefacto alienígena, soltó el arma iniciando una suicida carrera hacia el robot.

Aullandocomounposeso.

—¡Engendro de Satanás!… ¡Acabaré contigo!… ¡Con mis propias manos!

Varios compañeros y superiores, le ordenaron retroceder, pero la mente del individuo ya estaba desquiciada por el terror.

Estaba a pocas yardas delrobot.

Klondy pareció contemplarle por su nauseabundo ojo verdoso.

No impidiósu avance.

El hombre se abalanzó sobre el robot. Alargó las manos, para atenazar en macabro abrazo al monstruoso artefacto. Sugritofueinfrahumano. Desgarrador.

El cuerpo del soldado sufrió una atroz sacudida. Un prolongado espasmo. Luego, su carne se ennegreció, empequeñeciendo sehastadesaparecer.

Sólo quedó una negruzca y borrosa silueta que parecía seguir abrazada al robot.

Terminó también por desaparecer.

Klondy prosiguió su avance, pero parecía esquivar los carros blindados que poblaban el muelle. Giró para introducirsepor Tierney Road.

Tranquilamente.

Sin que nadie abriera fuego sobre él. CualquierproyectildejaríaaKlondyimpasible y, sinembargo, dañaría ala ciudad.

El general Mac Gowran procedió a comunicarse por radio con las

fuerzas que acordonaban la zona de Tierney Road.

—¡Ningún disparo! ¡Controlad todas las salidas de Tierney Road para obligarle a retroceder! ¡Debemos impedir que se adentre en la ciudad!

Chypher y el doctor Bunnage llegaron al improvisado puesto de mando.

A tiempo de oír las órdenes del general.

—Debió hacerme caso, Mac Gowran. Ese robot, en el fondo de la bahía, no nos inquietaba. Nos hubiera dado tiempo a encontrar armas adecuadas para combatirle.

Frank Mac Gowran tenía los ojos inyectados.

Las facciones deformadas.

—¡Al diablo con sus reproches, doctor! ¡Teníamos que intentarlo! Reconozco mi error, pero debía hacerlo. Esas fueron las órdenes recibidas. Tal vez fui novato. Es mi primer combate contra un robot intergaláctico. Espero que me disculpe.

—Sus ironías están fuera de lugar, Mac Gowran. Le advertí que...

—¡Ya basta, maldita sea! Soy un militar y me limito a cumplir órdenes. ¿Cree que estoy satisfecho? ¡He visto morir a mis muchachos! ¡Sufrir la más espeluznante muerte! En cuanto a las noticias que llegan de Nob Hill tampoco son agradables. El «Century» cayó sobre el Hayworth Building. Los muertos y los heridos se cuentan por docenas.

—¿Cómo piensa hacer retroceder al robot? —intervino Barton Chypher, deseoso de cortar aquella estúpida disputa—. Ha dado orden a sus hombres de no disparar, ¿no es cierto?

—¿Serviría de algo hacerlo? Proyectiles de reducida potencia nada le hacen y, empleando armas más poderosas, nosotros pagamos las consecuencias. Algo me ha llamado la atención. El robot pareció esquivar los carros y demás armamento bélico para dirigirse hacia Tierney Road. ¿Qué opina, doctor?

—También fue ésa mi impresión, aunque... ¿qué podía temer? Klondy ya nos ha demostrado su terrorífico poder.

—Tal vez sea precisamente eso lo que le obligó a retroceder —

dijo Chypher,con dura sonrisa.

Bunnage y Mac Gowran le contemplaron intrigados.

—¿Qué quiere decir, Chypher? —interrogó el doctor.

—Desde que Klondy fue descubierto por Sidney Friedkin en el Valle de la Muerte ha permanecido inmóvil. Así nos lo confirmó la testigo Angie. Totalmente inmóvil.

—Suponemos que está averiado, pero puede autorrepararse.

—Correcto, doctor. Se escondió de nosotros buscando el refugio de la bahía. ¿Por qué? No estaba en condiciones de actuar. Tenía que ocultarse. Le hemos obligado a salir y desarrollar sus poderes. Su complicado mecanismo astral,aún no reparado, se ha resentido.

—Según su teoría, deberíamos seguir atacándole —comentó el general—. Sin descanso. Sin darle tiempo a una posible autorreparación. ¿Cree acaso que le hacen mella nuestras armas?

—No, general.

—¿Entonces...?

—El responder a nuestro luego sí mina el poder deKlondy.Es comosisus...bateríasse desgastaran.

—Todo eso son hipótesis, Chypher.

—¿Tiene algo mejor, doctor?

Bunnage quedó unos instantes en silencio.

Movió lentamente la cabeza.

—No..., pero su idea es suicida. Si continuamos castigando a Klondy en espera de que responda al ataque, éste puede ser devastador. Puede hacer volar la ciudad. Si se lograra desplazarlo hacia el océano...

El general Mac Gowran recibió una llamada por el vehículo transmisor.

Al captar el mensaje apretó instintivamente las mandíbulas. De nuevo sus facciones se desencajaron en una mueca.

Se aproximó a Chypher y Bunnage.

—Nuestro amigo Klondy tiene un refinado gusto —masculló el general con amargo sarcasmo—. Dudo quese consigahacerleabandonar TierneyRoad.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—El robot se ha instalado en la mejor *suite* del hotel Astor.

CAPITULO X

Tierney Road era una longitudinal calle perpendicular a The Embarcadero. Poblada de *nigth-clubs, discotheques,* hoteles y supermercados. Una de las avenidas preferidas por los turistas.

Ahora aparecía desierta.

Había sido evacuada.

Sólo permanecían allí fuerzas militares y hombres del gobierno.

El hotel Astor, un moderno edificio de cincuenta y dos pisos, ocupaba los números 210 al 218 de Tierney Road. Fue instalado en 1982. Categoría especial. Uno de los muchos hoteles que la cadena Gert Hosseisen tenía emplazados por el mundo.

El hotel Astor, por su reciente construcción, estaba dotado del máximo confort. Reyes en el exilio, jefes de gobierno, magnates...todoslos VIP pernoctaban allí.

Un establecimiento cosmopolita, aunque jamás había albergado a un robot cósmico.

El teniente Hurd Stewart, de la US Army, daba la versión de los hechos.

—Se detuvo frente a la entrada principal del hotel Astor. Luego comenzó a elevarse. Muy lentamente. A la altura de la planta veinte, quedó inmóvil. Suspendido en el aire. Como si recuperara fuerzas para proseguir

la escalada. Continuó hasta el piso cincuenta. Se introdujo por uno de los ventanales.

—Esapausa...¿de cuánto tiempo fue?

—Cuarentaycuatro segundos,doctor. Lo controlé.

—Gracias,teniente.

Barton Chypher estaba conversando con el director del hotel Astor, aunque sin perder dato de la narración del teniente.

—Entonces.., ¿no recuerda nada especial en la planta cincuenta?

—No, señor. Únicamente que las habitaciones son más espaciosas y de un mayor lujo. Esa planta es la preferida por los hombres de la política. Allí existe un severo control de vigilancia. En la planta cincuenta y uno tenemos la terraza-restaurante; y en la última, el helipuerto privado del hotel.

—Nada más. Gracias por su información.

—Oiga... ¿me van a bombardear el hotel?

Chypher esbozó una sonrisa.

—No lo creo necesario. El robot se encargará de eso.

El director del hotel Astor, que había iniciado una sonrisa, palideció. Cuando quiso reaccionar, ya Barton Chypher se encontraba junto al doctor Bunnage.

Este parecía excitado.

—Buenas noticias, Chypher... Dentro de unos minutos llegará el doctor George Lester. Directamente desde el laboratorio atómico de Los Angeles. Han fabricado un compuesto de características muy semejantes a las del koodsing-B en cantidad suficiente para recubrir a Klondy. Esperemos que dé resultado.

—¿Aúnno lo saben concerteza?

Bunnage respiró profundamente.

—Oiga, Chypher. En el laboratorio se ha trabajadocontrarreloj.No podemos perder tiempo en pruebas y experimentos.

Un «Sunbeam-FXM» biplaza sobrevoló la zona para, poco más tarde, realizar un aterrizaje vertical en el FreysPark de TheEmbarcadero.

Un carro-jeep, blindado y con dotación bélica, hizo su aparición por Tierney Road.

El vehículo se detuvo frente al puesto de mando móvil del general Mac Gowran.

Descendió un individuo de unos cuarenta años de edad. De cabello gris y ojos azules. Portaba en su diestra un maletín metálico.

Los demás ocupantes del carro-jeep, tres marines armados hasta los dientes, permanecieron en sus asientos. —¡Hola, George! —saludó nerviosamente el doctor Bunnage—. ¿Qué novedades tienes?

El doctor George Lester, cualificado miembro de la Comisión de Energía Atómica, correspondió al saludo connuloentusiasmo.

—Pesimistas, aunque no tanto como las recibidas desde aquí. En Nob Hill se viven horas de pesadilla y las imágenes de lo ocurrido en The Embarcadero han sido alucinantes.

—¿Qué se ha conseguido, George? El doctor Lester alzó levemente el maletín. —Aquí tenemos un sucedáneo del koodsing-B. Imperfecto. Los análisis efectuados han descubierto elementos primarios no existentes en nuestro planeta y que su estudio completo nos llevaría años de trabajo. La gravedad del caso nos ha impulsado a elaborar esta sustancia de análogas características. Fue Superstar su creador.

—¿Superstar? ¿Nuestro robot del laboratorio atómico?

Lester asintió con una sonrisa. —Curioso, ¿verdad? Superstar nos indicó algunos elementos que podían sustituir a los desconocidos del koodsing-B. Y aquí tengo el resultado. Al menos el parecido sí es asombroso. Una masa mucilaginosa de intenso color verde, de fuerte hedor no definido...; pero dudo del resultado final.

Barton Chypher, que escuchaba la conversación junto con el general, intervino.

—¿Por qué ese pesimismo, Lester?

—Sólo hemos hecho una prueba. Con Superstar. Le hemos untado con esta masa. Con resultado negativo Nuestro robot continuó funcionando a la perfección.

—Su mecanismo es muy distinto al de Klondy. Para éste puede ser letal lo que para Superstar es inofensivo. Noperdemos nada con intentarlo.

—Por supuesto. Es nuestra última esperanza, pero existe otro grave inconveniente.

El rostro de George Lester se ensombreció.

Inclinó la cabeza.

Como si sintiera rubor por su impotencia.

—El koodsing-B puede ser proyectado sobre cualquier objeto distante. No ocurre igual con la sustancia que hemos creado. Para que resulté eficaz es necesario aplicarla directamente sobre Klondy. Sin utilizar pistola o cualquier otro lanzalíquidos. Es indispensable estar a escasas pulgadas del robot para evitar que la masa pierdasupoder adhesivo.

»La hemos almacenado en recipientes que deben romperse sobre Klondy, y todo ello realizarlo en la más completa oscuridad. Cualquier foco de luz, natural o artificial, alteraría la masa.

El general Mac Gowran sacudió la cabeza.

Aturdido.

—Temo..., temo no haber comprendido, doctor Lester. ¿Quiere decir que hemos de aproximarnos a ese monstruo infernal y, en la más completa oscuridad, ir estrellando, uno a uno, los recipientes sobre su cuerpo?

—No existe otro medio, general.

Mac Gowranprofirió una soez maldición.

—Entre mis muchachos encontraría cientos de voluntarios para misiones suicidas. Muchos estarían dispuestos a realizar 4a que acaba de mencionar; pero no lo permitiré, ¡maldita sea! ¿Cree que Klondy nos dejará aproximarnos a él? ¿Y cómo conseguirlo en la más completa oscuridad? Uno de mis hombres quedó carbonizado con sólo tocarle. ¡No, doctor Lester! De tener algunas posibilidades de éxito, yo sería el primero en ofrecerme como voluntario. ¡Pero no enviaré a ninguno de mis muchachos a una muerte estúpida!

Barton Chypher se encaró coneldoctor Lester.

Le miró fijamente a los ojos.

—Esa masa... ¿puede producir en Klondy los mismos efectos que el koodsing-B? ¿Quedará paralizado e incapaz detoda acción?

—Lo ignoro —respondió Lester con sinceridad—. Ya le he dicho que hemos creado un sucedáneo. Imperfecto. Desconocemos todas las características del koodsing-B y así resulta imposible toda comparación. No hemos tenido tiempo para estudiar más

detenidamente las...

—Haga un cálculo, Lester. ¿Qué posibilidades tenemos de que esta masa, al igual que el koodsing-B, consiga inmovilizar a Klondy?

El doctor Lester tragó saliva con dificultad.

Desvió la mirada.

Incapaz de soportar los fríos ojos de Chypher.

—Un uno por ciento. Es un cálculo... optimista.

—Una posibilidad entre cien...

Mac Gowran volvió a maldecir.

—¡Al diablo con su mejunje! ¡Voy a bombardear el hotel Astor hasta convertirlo en ruinas! ¡Sepultaré a ese infernal robot entre los escombros! ¡Eso es lo único sensato!

Barton Chypher tendió su diestra hacia el maletín.

—Deme instrucciones, Lester. Voy a intentarlo.

—¿Está loco? —gritó el general—. ¡Le prohíbo que...!

—No puede prohibirme nada, Mac Gowran. Ni usted ni nadie —interrumpió Barton Chypher, secamente—. Tengo licencia para actuar sin someterme a ninguna orden. Deme el maletín, doctor.

Lester dudó unos instantes.

—¿Está seguro de su decisión?

A los labios de Chypher asomó una fría sonrisa.

—La posibilidad de éxito es una contra cien, ¿no7 Una oportunidad. ¿Por qué rechazarla?

CAPITULO XI

Bien.

Ya estaba en el interior del hotel Astor.

Los consejos del general Mac Gowran, para que demorara hasta la noche la entrada y contar así con la ayuda de la oscuridad, no fueron escuchados.

Todo un día de espera podía significar mucho para Klondy.

Aunque más arriesgado, era preferible actuar sin pérdida de tiempo.

Barton Chypher atravesó la amplia sala de recepción.

Solo.

Había rechazado toda colaboración. Un hombre solo. Mejor así. ¿Para qué dar más carnada al mortífero Klondy?

Chypher llegó a las salas privadas del hotel. Siguiendo las instrucciones dadas por el director del establecimiento, pronto encontró la denominada *sala especial de control.*

Un panel longitudinal dotado de varias pantallas de televisión. Un fabuloso sistema en circuito cerrado. Aquello lo desconocían los clientes del Astor. Ignoraban que el gobierno había implantado esa vigilancia en todos los hoteles importantes de Estados Unidos. Era un simple trabajo de segundad para control de clientes *especiales.* A aquella sala sólo tenían acceso agentes del Departamento de Justicia escrupulosamente seleccionados.

Chypher manipuló en los mandos.

Enfocó en las pantallas la planta cincuenta. Desde la mejor *suite* hasta la última de las habitaciones.

Los ojos de Chypher quedaron fijos en una de las pantallas.

La habitación 518.

Allí estaba Klondy.

Inmóvil.

A poca distancia del ventanal.

Barton Chypher amplió la imagen.

Súbitamente, el robot pareció intuir que estaba siendo observado. Giró sobre su base rectangular. El verdoso disco central, aquel siniestro ojo, realizó un leve parpadeo.

Suficiente para que la imagen desapareciera de la pantalla.

Todo el sistema de televisión dejó de funcionar. El panel, merced al dispositivo automático de seguridad, se desconectó evitando que toda la instalación saltara enpedazos.

Chypher retrocedió.

Sonrió con una dura mueca.

Klondy ya conocía su presencia, pero también él había descubierto su escondite.

Planta cincuenta, habitación número 518.

La subida a los distintos pisos podía realizarse por cuatro salas independientes. Cada una de ellas disponía de seis elevadores y dos montacargas.

Barton Chypher los fue accionando uno por uno.

Desde el exterior.

En todos ellos pulsó el mando correspondiente a la planta cincuenta.

Y Chypher comenzó a subir utilizando la escalera mecánica. Consciente de que Klondy podía inutilizar aquellos ascensores y dejarle atrapado.

Así ocurrió.

A la altura de la planta treinta, todos los elevadores y montacargas dejaron de funcionar. También la escalera mecánica quedó inmóvil.

Aquello no sorprendió a Chypher.

Prosiguió la subida por sus propios medios. Haciendo breves descansos para no llegar sin resuello.

Unos guantes de fibra especial se ceñían a sus manos. La zurda aferraba el maletín. En la derecha una pistola lanzagranadas.

Llegó al *hall* de la planta cincuenta.

Divisó la desierta cafetería. Tentado estuvo de dirigirse allí paraatizarse unlargotrago de whisky.

Todo estaba en silencio.

Barton Chypher se detuvo en el corredor alfombrado.

Sus ojos se posaron en una de las puertas. La señalizada con el número 518. Apenas le separaban unas cinco yardas.

Sí.

Ya estabaallí.

¿Y ahora?

¿Entrar, cerrar el ventanal y embadurnar a Klondy conaquella repulsivamasa?

Un frío sudor comenzó a perlar la frente de Chypher.

¿Miedo?

Seguro.

La vida, con toda su carga de podredumbre, aún resultaba agradable.

Barton Chypher ya tenía un plan de acción. Si su teoría sobre el desgaste de... *baterías* en Klondy resultaba cierta, no le iba a dar reposo. Le obligaría a utilizar sus poderes cada minuto. Sin tregua. Y también sin poner en peligro más vidas humanas.

Se situó frente a la fatídica puerta.

Chypher apretó el gatillo de su arma al mismo tiempo que se arrojaba al suelo.

La granada destrozó por completo la puerta acolchada.

No hubo respuesta.

El agente del GEA, pegado a la alfombra del corredor, sintió latir con fuerza su corazón. Las venas dibujaron un grueso trazo en sus sienes.

Y de pronto sonó la voz.

Extraña.

Infrahumana.

Con modulaciones metálicas. Como sí procediera de una cámara de acústicas resonancias.

—Adelante, Barton... Sin miedo. Estoy preparado para vuestro maravilloso proyecto.

Chypher quedó sin respiración.

Estupefacto.

El robothabía hablado,le conocía...

—¿De qué te asombras, Barton? Estoy en posesión de toda la ciencia de Krasmar, el planeta más poderoso deluniverso...

Chypher comprendió.

Aquel maldito robot podía leer en su mente.

Seincorporólentamente.

Con firme paso avanzó hacia la habitación. Nada le impidió penetrar en la estancia.

Pudo ver a Klondy.

Frente a él.

Se había desplazado hasta el centro de la habitación.

Su ojo verdoso, al aglutinarse, convulsivo, parecía parpadear.

—¿Dónde, Barton? Es preferible pasar al salón de baño, ¿verdad? Será más sencillo conseguir la oscuridad.

Chypher siguióbajo elumbral.

Inmóvil.

Con diminutas golas de sudor resbalando por su rostro.

—¿Qué te ocurre, Barton? ¿No es ése el plan? Hay que romper esas ampollas sobre mí. No temas. Ejerzo autocontrol sobre mi propio mecanismo. Puedes tocarmesin peligro.

Barton Chypher reaccionó.

Fríamente.

Demostrando ser digno agenté del GEA.

Seaproximóalrobot.

—Eresmuy amable, Klondy.Y esome sorprende. ¿Vas a permitir que cumplamimisión?

—Por supuesto.

—Una vez recubierto con esta sustancia te enviaremos nuevamente al espacio. Volverás a convertirte en un vagabundo cósmico.

—¿Deveras?

Unescalofríorecorrióla espaldadeChypher.

Víctima de un presentimiento.

Klondy había girado sobre su deslizante base para enfilar hacia el contiguo salón de baño. La puerta se abatió a su paso.

—No perdamos más tiempo, Barton. Abajo están muy preocupados por tu seguridad.

Chypher, aun sospechando algo turbio, decidió arriesgarse. ¿Qué podía perder?

Estaba amerced de Klondy.

Losabía.

Barton Chypher accionó el cierre mecánico del ventanal.

Laestancia quedó envuelta enla oscuridad.

Fue alsalón debaño dondele esperabaKlondy.

—No comprendes nada, ¿verdad, Barton?

Chypher abrió el maletín. Allí, cuidadosamente alineadas, se veían veinte ampollas de cristalvelado.

—Empiezo a sospecharlo. Estás dotado de una inteligencia superior Klondy. Si permites ser bañado con esta masa, significa que no encierra ningún peligro para ti. Significa que hemos fracasado. Que carece de las característicasdel koodsing-B.

—Correcto, Barton. Es un mal sucedáneo. Podré librarme de él en unos diez años terrestres.

—Suficiente para nosotros. Antes de una semana te lanzaremos al espacio. Lejos de nuestra galaxia. ¿Por qué lo permites, Klondy?

El disco verdoso se aglutinó dejando escapar un líquidomucoso.

—Estoy averiado. El fenómeno cósmico que rasgó el koodsing-B alteró también parte de mi mecanismo. Al ser atacado respondo automáticamente desarrollando mis poderes y eso letarga mi autorreparación. Prefiero un… reposopor elespacio.

Chypher cerró herméticamente elsalón de baño.

Su enguantada mano atrapó una de las ampollas.

—Tal vez decidamos conservarte entre nosotros, Klondy. ¿Por qué no… *destriparte* para estudiar tu mecanismo astral?

—¿Crees eso posible? Soy impenetrable, Barton.Ni tan siquiera mis creadores, los habitantes de Krasmar, lo intentaron. Sabían que era imposible.

—Entonces te someteremos a un continuo bombardeo láser. Tu sistema de autodefensa te impulsará a repeler el ataque. Jamásconseguirásautorrepararte.

—Absurdo.

—¿Por qué?

—Para mí no existe el tiempo. Puedo permanecer siglos sometido a descargas de todo tipo e intensidad, aunque tal vez terminara por cansarme y destruir medio planeta. Ello demoraría mi reparación.

Simplemente eso. Puedo hacerlo, Barton. Puedo arrasar Estados Unidos y convertir la nación en una extensa llanura de calcinadas ruinas.

Chypher estrelló una de las ampollas en la parte superior delrobot.

Un viscosolíquidoseaglutinósobre Klondy.

—¿Por qué no lo haces, Klondy? Quedarías solo. Podrías autorrepararte contodatranquilidad.

—El arrasar Estados Unidos me obligaría a desarrollar al máximo mi poder de destrucción. La reparación sería después más laboriosa.

Chypher siguió estrellando las ampollas sobre el robot.

La voz de Klondy se iba haciendo más tenue.

—Estás mintiendo. De poder destruirnos ya lo hubieras hecho. Se han limitado tus poderes. Ahora mismo esta sustancia te está debilitando. Te paraliza. Será tu segundo ataúd.

La mucilaginosa masa ya casi cubría por completo al robot. Despidiendo un nauseabundo hedor. Quedaba aquel *ojo verdoso.*

Chypher decidió taponarlo en último lugar.

La voz de Klondy, ronca, desfigurada y con alteraciones en su tono, llegó casi inaudible.

—Un ataúd del que será fácil salir... y entoncesvolveré a la Tierra. Es un buen planeta para mí. Sus habitantes son ambiciosos, engreídos... e ignorantes. Volveré para gobernaros. Vosotros, bajo mi control, construiréisnuevosrobotssemejantes a mí.

Barton Chypher tenía la última ampolla en su diestra.

Dispuesto a estrellarla contra el viscoso disco.

—Comprendo.Elhombre esclavo de lamáquina.

—No lo dudes, Barton. A mi regreso para conquistar la Tierra ya no me enfrentaré a los hombres, sino a lasmáquinas.

Chypher, que se disponía a ultimar su misión, se detuvo.

Arqueó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

La voz de Klondy era un infrahumano susurro.

—Estúpidos engreídos... esta masa es eficaz, aunque sólo temporalmente. Diez años... veinte... y estaré libre de ella. ¿Quién la ideó? Superstar, el robot más perfecto creado por el hombre... ¿Por qué? Superstar no me quiere aquí. Soy su enemigo. Superior a él. Estorbaría asus planes...

Los labios de Barton Chypher balbucearon.

Temblorosos.

—¿Sus planes...?

—Por supuesto, Barton... A mi regreso, dentro de diez o veinte años, tendré que enfrentarme a Superstar y su legión de robots... Será sencillo imponerme a ellos.

—¡Mientes, maldito! —gritó Chypher, estrellando con violencia la última ampolla sobre el punto más vital de Klondy. Cegando su repulsivo ojo—. ¡Mientes, engendro de Satanás!

Elrobot no contestó.

Estaba ya en su ataúd.

EPILOGO

La televisión Global II había transmitido en directo el lanzamiento de Klondy al espacio.

Barton Chypher, acomodado en el sofá semicircular, accionó el mando a distancia para desconectar el aparato. En el preciso momento en que Shirley retornaba al salón portando doslargos vasos.

La muchachadirigió unamiradaaltelevisor.

—¿Yahanterminado?

—Sí,pequeña.Un lanzamientoperfecto.

—Intuyo algo de ironía en tus palabras.

—¡Oh, no ..! El hombre ha demostrado una vez más su... inteligencia. Klondy vagará por el espacio, fuera de nuestra galaxia, para toda la eternidad. Eso es al menos lo que afirman nuestros científicos.

—Ytú creesqueKlondyvolverá.

—Sí, Shirley; aunque tal vez, para entonces, ya nada nosimporte.

Lajovendepositó los vasos sobre la mesa.

Se acomodó junto aChypher.

—Estás obsesionado por tu... conversación con el robot.

—¿Tampoco tú lo crees? Hablé con él, Shirley. Loscientíficos, en su mayoría no me han hecho caso. Se han burlado de mí. ¿Superstar un rebelde? ¡Jamás! Ha sido programado para servir a sus creadores. Al igual quelos habitantesdeKrasmar crearon a Klondy.

—La tecnología de ellos es más avanzada, Barton. Nosotros nunca llegaremos a construir un robot tan... infernal.

Chypher ahogóunsuspiro.

—Dios te oiga, Shirley...Dios te oiga...

—¿Por qué no olvidamos ya esta pesadilla? Han sido jornadas horribles... y tú te has convertido en el héroe.

—¿Sí? Es curioso... Aún no he recibido ningún premio.

—Yo te lo daré...

Los brazos de la muchacha rodearon el cuello de Chypher. Sus manos atenazaron el rebelde cabello atrayéndolocontra sí.

Barton Chypher se dejó llevar.

Abarcó la cintura femenina acariciando las redondeadas caderas. Buscó los entreabiertos y cálidos labios deShirley parasellarlos con un apasionado beso.

—Tienes una casa maravillosa, Barton —susurró la joven, voluptuosa—. Siempre soñé con vivir en un paraíso como el de Bradysville.

Chypher estaba muy entretenido mordisqueando el lóbulo izquierdo de Shirley. Percibió cómo el cuerpo de la joven se estremecía bajo sus brazos.

—¿De veras...? Tal vez decida conversar con tu padre. ¿Cuándo regresa de !a Base Aeronáutica del Espacio?

—Está en el laboratorio atómico de Los Angeles.

—¿En el laboratorio? ¿No presenció el lanzamiento desde la base?

Shirley sonrió, mientras sus manos jugueteaban tras la nuca de Barton Chypher.

—¡Oh, no...! No fue necesario. Todo ha sido proyectado desde el laboratorio atómico. El lanzamiento de Klondy al espacio ha sido programado por Superstar. ¿No lo sabías?

Barton Chypher no respondió.

Su mente, ocupada por negros presentimientos, le impidió articular palabra alguna.

F I N